

La Esfera

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año I * Núm. 48

Precio: 50 cénts.



= Varela de Seijas =



Ehrmann.

HENO DE PRAVIA

Es el aroma exhalado por
las flores más delicadas.



NUESTRAS VISITAS

MARÍA GUERRERO Y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA



Los insignes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, retratados en grupo por Campúa

No es un hotel; es un palacio blanco como una paloma, que se alza cubierto por una frondosa túnica esmeralda. También por la verja de hierro que circunda el amplio jardín, ha trepado la apasionada yedra y ha formado con su verde ramaje una blanda y tupida tapia de fronda. Hay una pequeña fuente árabe, que recuerda los patios de Granada y Sevilla. Y la mañana, que es diáfana y radiante, alegra todo con su sol maravilloso; hasta las hojas, doradas por la pátina de la muerte, parecen flores bajo el cielo añil.

Dos hermosos galgos juegan por entre los macizos. Ahora corre uno tras del otro; sus cuerpos largos y delgados parecen dos arcos de balista. El guarda, al entrar, llama:

—¡Chispo!... ¡Carabell!... ¡Aquí!

Nosotros, mientras tanto, seguimos atormentados por una pequeña duda. ¿Por quién debemos preguntar a este criado?... ¿Por don Fernando?... ¿Por el marqués de Fontanar ó por el conde de Balazote?... Nos decidimos al fin.

—Pase usted esta tarjeta al señor...

Los perros acuden rápidos y, mientras el guarda vuelve, ellos nos entretienen con saltos y zalemas. Al fin pasamos al palacio, y a una habitación regia, tan artística, rica y suntuosa, que no os avensís a pensar que estais en casa de unos comediantes, sino en el alcázar de unos reyes. ¡Así lo son!: *Los reyes de la Escena*. Y todos los españoles, para honra nuestra y por merecimiento de ellos, así debemos proclamarlo...

Antes que hayamos podido tender la vista, y apenas ver las coronas y escudos nobiliarios, que se transparentan en los estores, llega Fernando Díaz de Mendoza.

Posee este gran actor, como nadie, la exquisitez del trato, del gesto y de la línea. Su efusión es sugestiva y va siempre impregnada por sus maneras aristocráticas.

Nos dejamos caer sobre un mullido diván de damasco rojo; él cruza, con naturalidad, una pierna sobre la otra.

—¿Y María?—le preguntamos.

—¡Oh!—responde—mi pobre mujer está loca de trabajo; porque nos ha ocurrido un contratiempo terrible, que para nosotros resulta una desgracia. ¡Figúrese usted que al echar mano de



los trajes, nos encontramos con que se han quedado olvidados en América veinte cajones del vestuario de nuestro repertorio! Vamos, ¡horrible!

—Entonces, ¿no podrán ustedes empezar el 23 como tenían pensado?...

—No; ya hemos prorrogado la fecha hasta el treinta.

—¿Que habrá llegado ya el vestuario?—inquirimos.

—¡Quiá!, no, señor; no da tiempo, y con esto de la guerra menos. Lo estamos reconstituyendo; María se pasa parte del día y parte de la noche en sus habitaciones, rodeada de modistas, dirigiendo los trajes. En esa operación se encuentra en estos momentos; ahora saldrá. Hablemos, hablemos nosotros mientras tanto. Ya he visto LA ESFERA en América; es una preciosidad que...

Siguieron los elogios, que nosotros por modestia suprimimos, y después hubo una pausa.

—¿Qué tal ha sido la *tournee* por América?...

—La primera temporada ó sean las primeras cuarenta funciones, divinamente. Mejor que nunca. Después, se supo lo de la guerra, el 2 de Agosto; los bancos paralizaron sus operaciones, el dinero estaba receloso, nadie disponía de sus rentas y, claro, el resultado de nuestra segunda temporada era previsto; sin embargo, yo me empeñé en que mi compañía no notara la guerra y así fué; dimos nuestras ciento y pico de representaciones, como en años normales; pero ¡ah! á mí me costó el dinero de firme.

—Con motivo de la guerra—advertí— ¿habrán ustedes abrigado temores durante el viaje?...

—No lo crea usted. Antes de embarcar, sí; teníamos que no pensar en ello; porque parecía una locura; después, ya en alta mar, entre el cielo y el agua, perdíamos en absoluto la noción del peligro...

—¿Qué obras ha estrenado usted en América?—le preguntamos.

—*La Garra*, de Linares, y *Una mujer*, de Marquina.

—¿Con éxito?...

—Sí, hemos tenido suerte con los dos estrenos.

—Y aquí ¿con qué inaugura usted la temporada?...

—Con *Lás Flores de Aragón*. Un precioso drama romántico, de Marquina, que me leyó en Barcelona, al desembarcar. Para mi gusto, es lo mejor que ha hecho.

—¿Y de Benavente y los Quintero?...

—De Benavente, esperamos *El collar de perlas*, y de los Quintero, *En voz baja*.

—Bueno, hablaremos algo del pasado, ¿no le parece á usted?—le decimos, al mismo tiempo que prendemos fuego á nuestro cigarrillo...

Fernando hizo un gesto de contrariedad. Después, exclamó.

—Amigo Audaz: ¿Quiere usted relevarme del suplicio de volver los ojos atrás?...

—¿Por qué suplicio?—le preguntamos, sonriendo.

—Porque yo quiero que en mi memoria el recuerdo de cada día que pasa se desvanezca. Hagamos cuenta que María y yo hemos nacido á la vida teatral este mismo año...

Hizo una pausa y prosiguió, fingiendo seriedad, ante nuestra sonrisa.

—Yo, por lo menos, me encuentro tan mozo, tan ágil, tan saludable, y con la misma mecha de pelo que el día que empecé. ¿Para qué acordarse que fué hace más de veinte años?...

—En efecto;—agregamos, sinceramente—está usted cada día que pasa más joven.

—Si no más, por lo menos tanto. Sí, sí, me siento en plena vida.

—Pero, si quiera, me dirá usted con qué obra se presentó al público.

—¿Cómo?, ¿de aficionado?...

—No; de profesional.

—¡Ah!... Me presentó con *El vergonzoso en palacio*, y á las dos noches hice el protagonista de *María Rosa*.

—Y María, ¿con cuál debutó?...

—Con la obra de Echegaray *Sin familia*. Siempre bajo la dirección de Teodora Lamadrid, que fué su maestra, como usted sabe; y hasta mucho después de *Mariana* le ensayaba los papeles.

—Le costaría á usted trabajo, por su educación y por su linaje, acostumbrarse á la vida teatral.

—No lo crea usted. Tenía una afición desmedida; además, en vez de adaptarme yo al ambiente de los escenarios, he conseguido adaptar á mi

ambiente los escenarios donde trabajo, ¿no es esto?...

—¿Qué vida hacen ustedes?...

—¿Vida? ¡Ninguna! Esto que nosotros hacemos no es vivir, ni disfrutar de lo que nos rodea, ni tener familia, ¡ni nada! Vea usted, vea usted: Empecemos por la mañana. Yo, me levanto á las nueve. María algo más tarde porque acostumbra á estudiar en la cama. Después me encierro con mi secretario en mis habitaciones, él me da cuenta de contratos, obras, correspondencia, etc. A las once nos sirven el almuerzo, á María en sus habitaciones y á mí en las mías. Nuestra comida es muy ligera, porque estamos sujetos á un método, de comer muy poco. ¡Así nos acostumbraremos, por si mañana ó el otro no da la cosa para más!...

—¿En qué consiste ese método?—indagamos.

—Lo sigo, por prescripción de un médico alemán, para no engrosar... Si los alemanes pierden en la guerra, ¡es claro! lo abandonaremos; pero mientras tanto continuamos con él. Consiste en no hacer más que dos comidas al día y no tomar en ellas más que un plato de ave, una fruta y una taza de te.

—¿María también?...

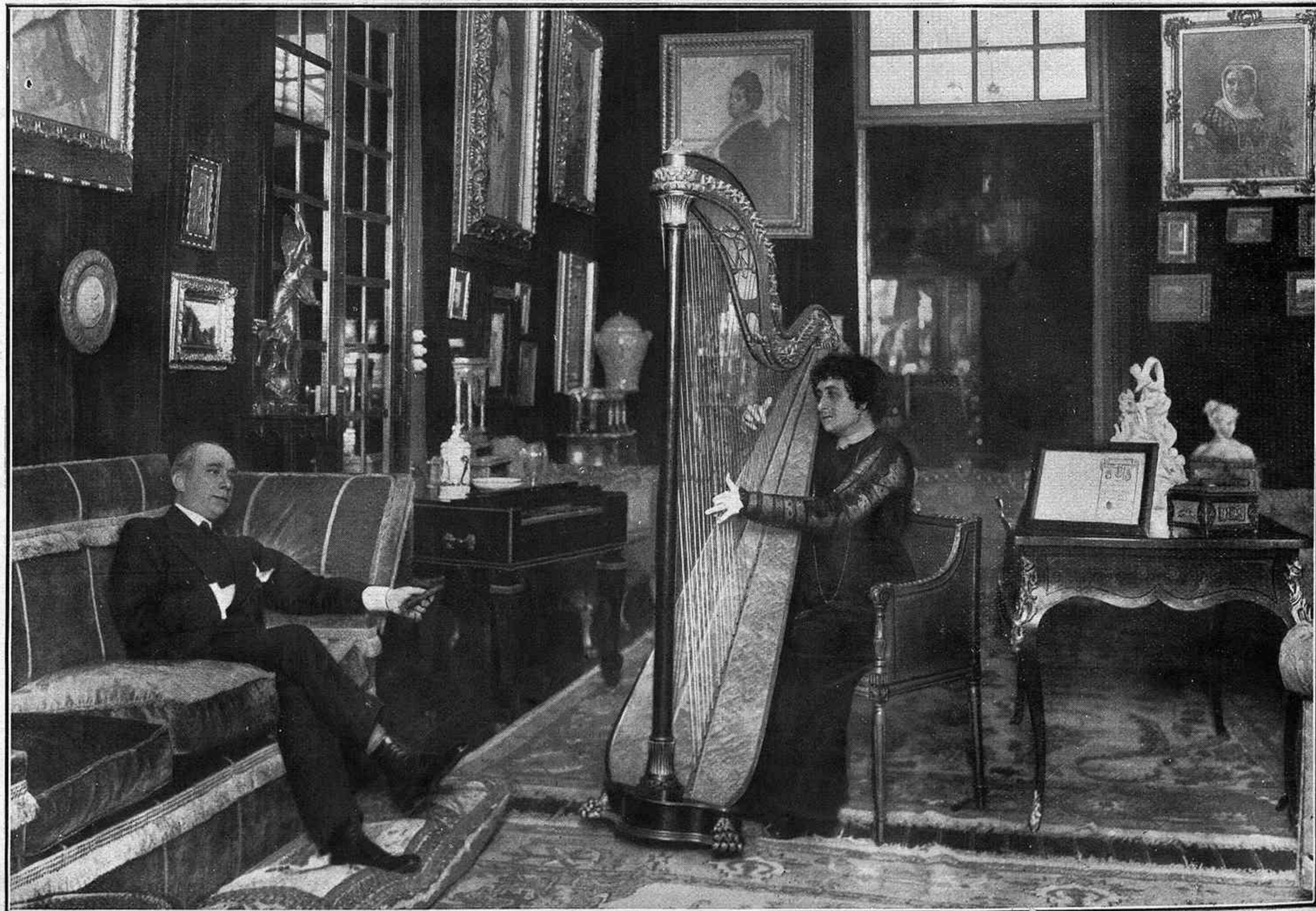
—Exactamente igual. Hacemos idéntica vida y comemos lo mismo.

—Siga usted—le invitamos.

—Pues, bien; yo, después que almuerzo, leo las obras para seleccionarlas, y á la una en punto salimos para el ensayo. Allí estamos hasta las seis. Volvemos á casa para comer nuestro plato de ave y al teatro otra vez, hasta las dos ó las tres de la mañana. Yo estudio á esta hora hasta las cuatro ó la cinco... *¡y te levantan á las nueve!*

—¡Vaya una vidita!...

—Y no hago más que detallar el reparto de las horas; pero es que de éstas hay algunas muy amargas. Entre ellas están las emocionantes de los estrenos, donde ponemos toda nuestra alma de artistas, y, sin embargo, algunos fracasan. Recuerdo la noche que estrenábamos *El dragón de fuego*. Yo, en el epílogo, tenía puestas las seguridades del éxito: lo sentía. Y cuando vi caer el telón en el más respetuoso silencio, lloré como un niño. ¡Figúrese usted también lo que supone manejar sesenta ó setenta personas y que no digan que soy un tirano!



María Guerrero tocando el arpa, instrumento que maneja con extraordinaria maestría.

FOT. CAMPUSA



María Guerrero en su gabinete particular, rodeada de sus modistas, dirigiendo la confección de uno de los trajes que ha de lucir en la nueva obra de Marquina

FOT. CAMPÚA

—Es cierto... Toda su Compañía lo quieren á usted mucho. Debe usted tener buen carácter.
 —No me enfado jamás... Y esto no quiere decir que yo no sea un hombre enérgico; lo que á mi juicio no se debe hacer, no se hace; pero sin gritos, ni nerviosidades, ni malos modos. Yo creo que el mal genio es un desgaste de la naturaleza que no conduce á nada, ¿verdad?...
 —Verdad—asentimos—. ¿Qué procedimiento emplear. ustedes para educar y hacer artistas?...
 —Cogerlos desde muy niños, con el fin de que no tengan *manera propia*. Durante varios años los tenemos en espectación de escena, ó sea asistiendo á las funciones constantemente, y así van imprimiéndose, sin darse cuenta, nuestro modo de *hacer teatro*, ¿verdad?... Después les voy dando papelititos... hasta que van sobresaliendo.
 —¿Usted, desde luego, dirige todos los ensayos?...
 —¡Ah! sí, sí, y uno á uno voy ensayándole sus papeles á los artistas de mi compañía, y diciéndoles cómo tienen que hacer todo.
 —Y dígame usted, Fernando, ¿cuánto calcula que les habrá producido á ustedes el arte?...
 —No sé; no sé—murmura, dudando—. Unos treinta millones de pesetas, ó tal vez algo más, y ¡no tengo un real!... Pero ¡ni un real!
 —¿Cómo es eso?
 —¡Qué, sé, yo! Que en esta casa se gasta ¡un horror!...
 —¿Entonces no pensarán ustedes abandonar por ahora la vida teatral?
 Fernando hace un espantito muy cómico.
 —¿Cómo?... ¿dígame usted cómo la vamos á dejar?... Si me cae el gordo de Navidad, tal vez.
 —¿Dónde prefieren ustedes trabajar?...
 —Me gusta tanto el público de Madrid, que nuestro ideal sería estar aquí todo el año.
 —Tengo una curiosidad, Fernando: ¿usted usa sus títulos nobiliarios alguna vez?
 —Jamás.
 —¿Ni entre la servidumbre?...—insistimos.
 —Yo entre todo el mundo soy «don Fernando» ó «Fernando», hasta el punto de que si algún criado me dijera: «señor Conde» ó «señor Marqués» no le contestaría; pareceríame que se dirigía á

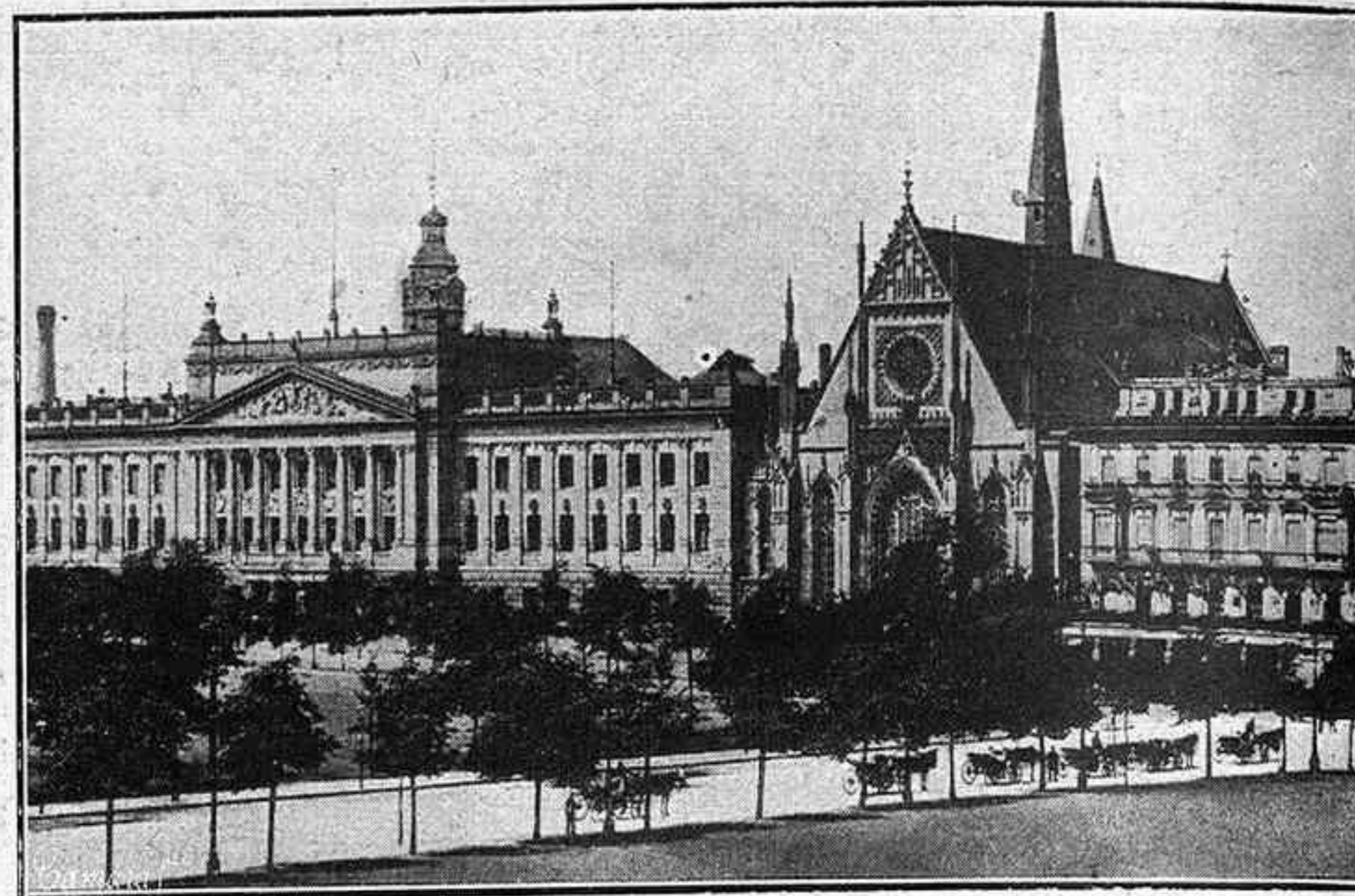
otro. Yo mis títulos los poseo porque me correspondió en herencia y por mis hijos no tengo derecho á interrumpirlos. Sólo cuando viajo por Francia los uso, porque aunque es un país demócrata, se paga mucho de la nobleza y en las mismas condiciones atienden á uno más.
 En el *hall* se oye la voz dulcemente trémula y cristalina de la gloriosa actriz y enseguida aparece María Guerrero. Toda ella es elegancia, gracia, movilidad, nervios y perfume. Viste de negro. De su cuello cuelgan los impertinentes, pendiendo de un sencillo hilo de oro. Su peinado es un artístico desorden de rizados negros como la endrina. Nos acoge sonriendo solamente con sus apasionados ojos negros, donde tanta gracia imprime la miopía.
 —¡Oh! No me hagan ustedes retratos—exclama rápida al advertir la máquina fotográfica—. Los tengo hechos muy bonitos. Arréglense con dos ó tres. Salgo siempre muy mal. ¡De verdad! Además, los artistas al llegar á cierta edad, no debemos retratarnos ya, sino dar siempre uno de los retratos hechos donde se esté mejor.
 —A usted—rechazamos—le falta todavía mucho tiempo para esa edad y por lo tanto para tomar esa determinación.
 Duda un instante y después accede.
 —Bueno; pues, en el jardín.
 —Hará frío—advertimos.
 —A mí no me asusta el frío—grita la artista alegre como una chicuela—. ¡Al jardín! ¡al jardín!, y en seguida al ensayo... Ya les habrá contado Fernando el percance de los vestidos. ¡Oh! ¡Estoy loca! Porque yo tengo que hacerlo todo por mi mano; si no, no sirve—. Y dirigiéndose á su esposo, continúa—. Figúrate, que después de haberme terminado el dichoso traje, he tenido que deshacer todo lo hecho por la modista, ponerlo en mi maniquí é hilvanarlo ¡yo misma!... ¡Y si no, no adelantamos nada!...
 Cuando salimos al jardín, los perros festejan con carreras y saltos la presencia de los amos.
 —María, ¿por qué siente usted predilección después del arte?...—le preguntamos.
 —¡Oh!, por el campo y por el automóvil—responde la Guerrero, deleitándose al recordar sus

aficiones—. Me gusta correr mucho en el *auto* y que el aire me azote bien la frente.
 —¿Sabe usted conducir el automóvil?
 —No puedo, ¡no veo nada!... Conduce siempre Fernando.
 —¿Han tenido ustedes muchos accidentes?
 —De importancia, dos.
 —Y á pesar de eso ¿no le ha tomado usted miedo?
 —¡No!, nada—rechaza María—. Yo soy muy valiente. Amo el peligro; por eso me gusta mucho viajar sobre el agua y correr en automóvil.
 —¿Vi á ustedes la otra noche en el estreno de *Los semidioses*. ¿Qué le pareció á usted la obra, María?...
 La actriz consulta á su marido con la mirada; después exclama resueltamente:
 —No sé qué decirle. Es una obra en contra de mis aficiones. Porque como á mí me gustan los toros, admiro á Joselito y soy romanista y allí me los tratan muy mal, no sé qué decirle. ¡Caramba!...
 —Borrás—agregó Fernando—está admirable, ¡portentoso!... Borrás es un artista como era Vico, un trágico que debía pasear el mundo entero en la seguridad que no hay por ahí nadie que le iguale. Yo siento por él una sincera admiración.
 —¿Cuántos hijos tienen ustedes?
 —De mi primer matrimonio uno y de María dos; ya son todos unos hombres.
 —¡Qué tarde más hermosa!—exclama María mirando al cielo con deleite—. Y nosotros, ahora, á meternos en las finieblas del escenario hasta las seis. ¡Y siempre lo mismo!... ¡Es una condenación!
 Después, volviéndose á nosotros, prosigue.
 —Y no crean ustedes, que habrá muchos envidiosos de nuestra vida y nuestra suerte. ¡Dios mío, con lo que vale una hora de sol y de aire puro en un día tan lindo como éste!... En fin, ya nos estarán esperando.
 La genial actriz romántica, calóse nerviosamente su gorrito negro.

EL CABALLERO AUDAZ



La Universidad de Viena



La Universidad de Leipzig

GÉNESIS DE LA MENTALIDAD ALEMANA



NIETZSCHE

CON el título de *La mentalidad alemana* y el subtítulo de *Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo* ha publicado, en el presente año de 1914, la «Biblioteca científico-filosófica» (Daniel Jorro, editor) un extenso volumen (567 páginas en cuarto), de Eloy Luis André, catedrático de Filosofía del Instituto de Toledo. Antes lo había sido del de Orense, su país natal, y no ha mucho que libró re-

nidas oposiciones á la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid con Ortega Gasset, espíritu más brillante y literario; pero menos profundo y técnico que André. Fue Ortega Gasset quien ganó la cátedra, yo no dudo que merecidamente; pero André parece dudarlo y á ello indudablemente referirse, cuando, respirando quizá por la herida, nos habla de «las horcas caudinas de la oposición á cátedras, horcas caudinas para unos y para otros, juicios sintéticos á priori, sobre todo tratándose de cátedras de Filosofía, donde cada cual puede decir lo que le da en gana, con tal que lo esponga con *sintaxis musical*, y tenga *sindéresis abogacil*, para captarse al tribunal jurado, cuando el juicio mismo no se convierte en comedia con desenlace previsto, y con víctimas fáciles, alentadas por falsos amigos, para que resulte algo animado el torneo...»

Dejo á un lado este flechazo de partho, este saetazo acorado y diamantino, con el cual nuestro autor pretende taladrar y romper la coraza de que los jueces de la Central invistieron á su excontrincante. Ortega Gasset estudió en Madrid, pero lo mejor de su sólida educación filosófica y lingüística lo recibió en Alemania. André cursó sus estudios en Salamanca... la Salamanca de ahora, y no podía decir á Ortega Gasset como el galán de una comedia de Calderón:

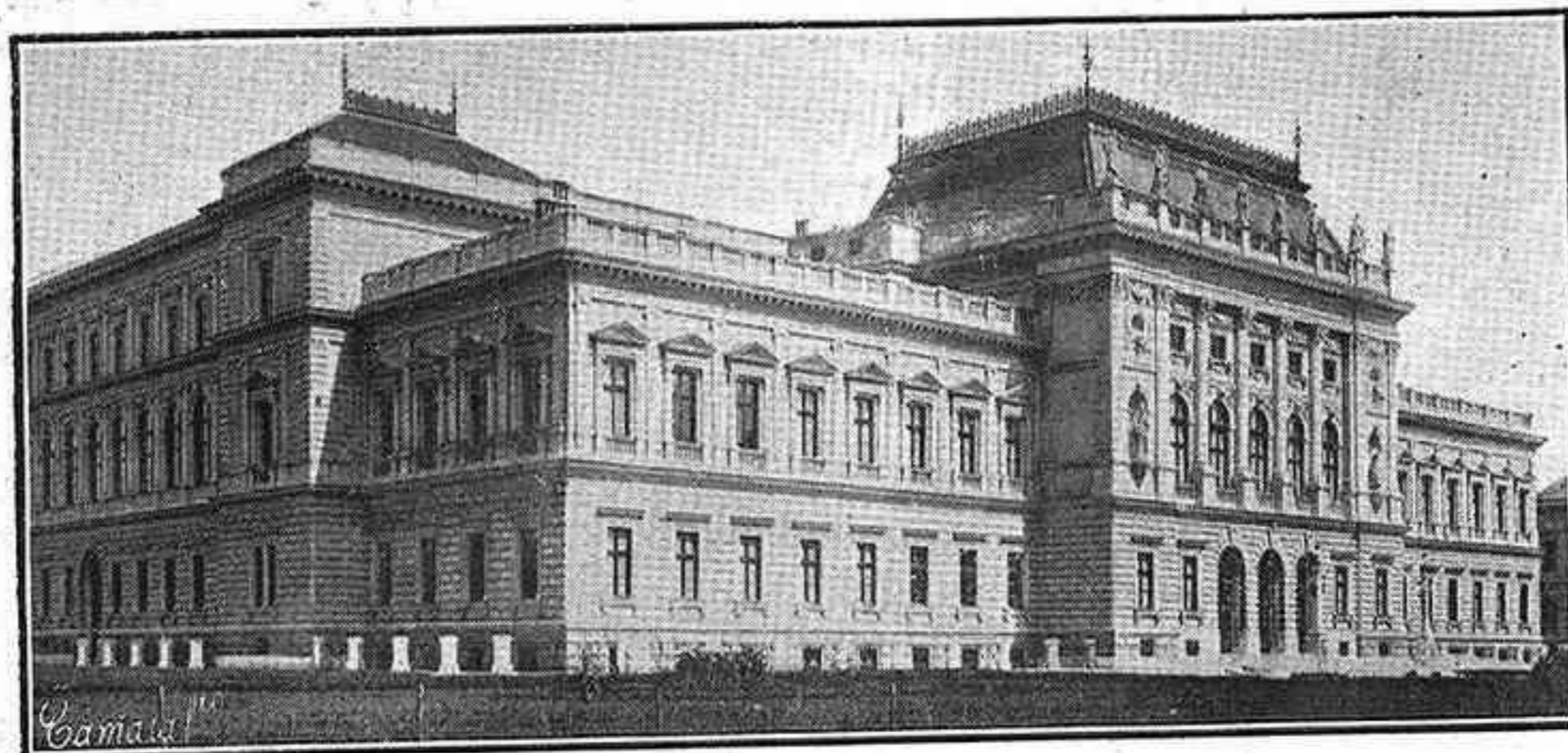
«Bien os acordais de aquellas dichosísimas edades nuestras, en que los dos fuimos en Salamanca estudiantes.»

Por dicha, André se resarcía á posteriori de su deficiente preparación universitaria en la península. Su libro es el resultado de la labor de cuatro años

sobre el problema fundamental que encierra su rótulo. En él van incluidas las primicias que, como profesor pensionado durante dos años en Alemania, envió á la *Junta de pensiones é investigaciones científicas* y algún otro estudio anticipado hecho para los volúmenes que tradujo para la antecitada «Biblioteca».

El asunto de la obra no puede ser más simpático. Se refiere á los aspectos de la mentalidad alemana, íntimamente enlazados con la vida espiritual del pueblo alemán (la educación, la filosofía y la cultura), y contiene varias críticas interesantes, animadas pinturas de la vida y costumbres universitarias en Alemania y algunas semblanzas, hábilmente trazadas, de sus grandes filósofos é historiadores. Bien venida sea á nuestro acervo intelectual, producción de tal empuje. El análisis y encomio de las letras y de la cultura alemana tiene algo de muy conveniente en España, por contraponerse á la casi exclusiva idolatría con que los españoles de la península y los hispano-americanos, miran todo cuanto es francés, aplaudiéndolo con no muy afinado

criterio, remedándolo mal, y perdiendo, al remedarlo, no poco del carácter y del sello propio de la lengua y de la raza. En este sentido se expresó ya en 1902, Valera, en el elegante prólogo que puso á las *Reminiscencias tudescas* del colombiano Pérez Triana. André ve también en Alemania un excelente mentor para los pueblos viejos y falsamente educados, como es España, y para los pueblos jóvenes y en parte aún no educados, como son algunas (no todas) repúblicas hispano-americanas. Al pasar éstas del período colonial á la instauración de su personalidad, al aspirar á consolidarla, si siguen amamantándose en el espíritu francés, forzosamente serán víctimas, como lo está siendo Francia, del elemento disolvente y destructor que en su propia entraña lleva. Todo lo que constituye hoy la cultura fundamental de Norteamérica, se debe á Alemania: esto no han de olvidarlo los hispano-americanos. Y si España, que desde hace dos siglos, por lo menos, está desenraizando todo su españolismo por imitar principalmente á Francia, que hizo para ella de tutora y maestra, no piensa seriamente en una *renovación* profundamente histórica, positivamente económica, científica y técnica, genuinamente espiritual y castizamente española, y no busca, como buscó el Japón, mentores que la eduquen, para caracterizarse en la humanidad y acrecentar con el acervo personal los valores del humanismo, al perder su razón de ser como pueblo, correrá el peligro de perderla también como nación. Así, pues, yo aplaudo y celebro como eficaz antidoto contra la *galomanía*, que André haya estado pensionado en Alemania, sepa tanto de la cultura de aquel país, y se complazca en recordar con amor las investigaciones



La Universidad de Graz



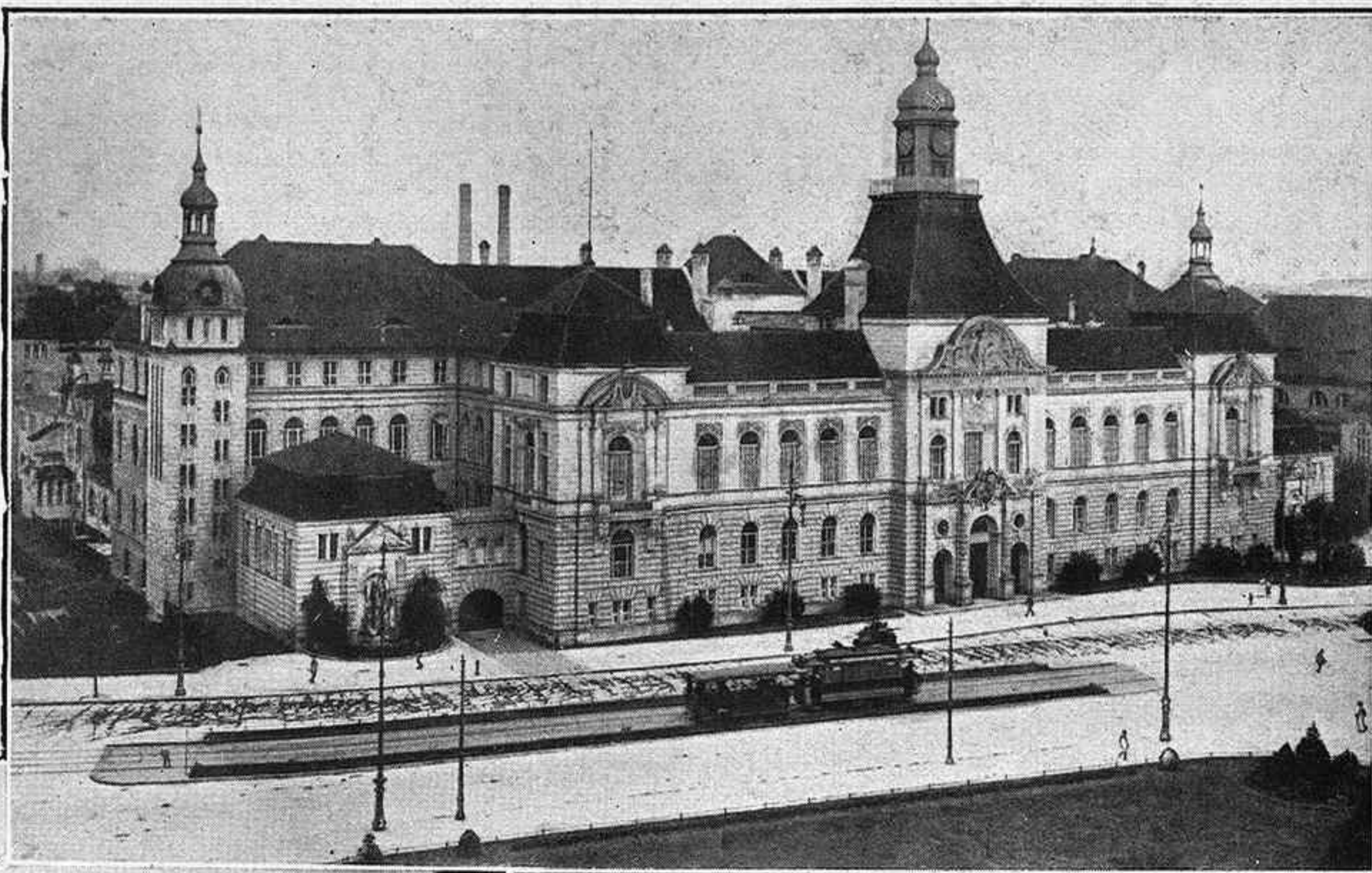
La Universidad de Dresde

que allí hizo, y en pintar con fácil y elegante estilo la vida del estudiante en aquellas Universidades y en exponer con arte, sistemas y orientaciones de filósofos que por allí conoció y trató con aprovechamiento. El más importante de ellos es Wundt, de quien André se declara discípulo y á cuya filosofía científica dedica 80 páginas de amena y jugosa lectura.

El gran interés que siempre, aun en la Edad Media, tuvo Alemania por esos problemas educativos, mientras los demás pueblos dormían en el analfabetismo (y algunos aún siguen durmiendo hoy), prueba la existencia en la mentalidad alemana de un gran caudal de vida espiritual, que se fué agrandando con el ejercicio y con la tradición. En los siglos xv y xvi, Alemania sufrió la influencia de Italia; en los siglos xvii y xviii, la de Francia, y á mediados de este

último se familiarizó con la filosofía empírica de Inglaterra. A partir de entonces, la teología fué generalmente reemplazada por la indagación racional en la dirección y sistematización de los estudios, y son, por común consentimiento, los alemanes, los más altos de los pensadores modernos. A diferencia de Italia, Francia é Inglaterra, asimiló Alemania el espíritu de la Edad Moderna, con criterio á la vez patriótico y mundial, moviéndose trabajosamente hacia el ideal, moviéndose despacio por llevar mucho lastre, que irá soltando, poco á poco, á medida que los tiempos corran. Italia política y sectariza, Francia maquina y sueña, Inglaterra domina y absorbe, Alemania piensa y trabaja, no sólo para ella, sino que también para la humanidad. Ningún pueblo de Europa tuvo un desarrollo espiritual tan tardío, ninguno sintió la pesadumbre de extrañas influencias con tanta tiranía y tenacidad; pero al fin supo libertarse y pasar de la servidumbre al señorío.

El *Aufklärung* alemán concomitante con el enciclopedismo francés y el deísmo inglés, fué un neohumanismo que sufrió el contacto directo del espiri-



La Universidad de Charlottenburgo



La Universidad popular de Bochum

tu helénico. Alemania, puesta en comunicación inmediata con la naturaleza, creó las primeras bases de un edificio científico nacional. Después de orear el alma con brisas muy distintas y orientar su rosa de los vientos hacia rumbos muy opuestos, libre ya de tutela en los siglos XIX y XX, que son los siglos de la cultura y que son sus siglos, emancipó su personalidad, dió carácter y originalidad á su espíritu y caminó por la propia senda con el propio esfuerzo. El imperativo categórico con que se impone este nuevo ideal educativo, reza así:

«Alemania, forma tu juventud como el pueblo griego, al menos en su vida interior, si es que en tus actos exteriores no es posible; imbúyete espíritu helénico, es decir, valor y fuerza para la investigación de la verdad; dale á su voluntad suficiente libertad íntima, para afirmarse á sí misma con heroísmo ante las extrañas influencias y los individuales obstáculos, con un amor lleno de alegría para todo lo que es hermoso y perfecto.» Esto significa la emancipación de la tutela francesa, antinacional, histórica, convencional y exclusivista. ¿Cuándo sonará la misma voz para la juventud de España? Cuando esta juventud se deje guiar por otros pastores que aquellos que en nombre de una Europa abstracta, que es Francia disfrazada, descastizan su espíritu y merman su soberanía.

La parte un tanto débil del libro de André es, á mi juicio, la que concierne al cuadro variadísimo de hombres y doctrinas de la filosofía contemporánea en Alemania. No abarca ni mucho menos el libro, por la extensión, todo lo que un lector inteligente pudiera reclamar apoyándose en el título. El mismo autor lo reconoce al declarar que lo que principalmente le interesa es la psicología social del pueblo alemán, manifestada en su educación cíclica, en su vida universitaria, en el carácter del estudiante y en la condición del profesorado. En este orden de observaciones, André es admirable. No lo es tanto al descender al detalle de la crítica filosófica, donde aparece defectuoso é incompleto.

Pondré algún ejemplo en comprobación de este modo de sentir.

Nietzsche, verbigracia, es para André, el filósofo (?) que más influencia ha ejercido en Alemania por su concepción histórica, estética y naturalista de la vida. Su filosofía tiene una alta significación y una fundamentación teórica, formuladas en su disparatada distinción del dionisismo y del apolinismo griegos. El crítico español está tan satisfecho de este *hallazgo*, que siente que la índole de su trabajo no le permita desarrollar convenientemente «semejante explicación del nietzschianismo». Ningún pensador alemán, sin embargo, ha tomado en serio las locuras de Nietzsche, y sus atrabiliarias opiniones no se enseñan en ningún centro universitario, que se respete. Ni hace falta que se enseñen, porque lo que allí se enseña es más positivo y á la vez más elevado.

En cambio de las muchas é inmerecidas páginas que á Nietzsche dedica André, no hace sino leves y pobrísimas referencias á filósofos de tan encumbrada alcurnia y tan vasto influjo en Alemania y fuera de ella como Hegel, Strauss, Feuerbach, Fechner y Lotze, para no citar más que unos pocos. Cáese el alma á los pies viendo los esca-

sos é insatisfactorios párrafos que á estos grandes pensadores dedica con muestras evidentes de erudición de segunda ó tercera mano, como si se tratase de *filósofos para la galería* al modo de Nietzsche. Estudiando el pensamiento de un pueblo que posee á Hegel, Strauss y Feuerbach, es de lamentar que celebre éxitos y consagre prestigios filosóficos tan superficiales como el de un poeta vesánico y desesperado. Por sobre Fechner, pasa á la ligera: ¡Fechner, el maestro de su maestro Wundt, de quien tan prolijamente habla! No gusta tampoco Lotze á André: no le hará un cargo por ello; pero ¿qué le echa en cara? Primeramente, que «no hizo objeto de un estudio especial, la teoría del conocimiento» y además, que «no ha constituido un sistema propio». Estas afirmaciones sólo demuestran que André, no conoce la labor del filósofo que juzga. Y esto lo comprueban hasta menudos detalles de la exposición. Así por ejemplo, André traduce el título de una obra de Fechner: *Ueber die Seelenfrage (Sobre la cuestión del alma)*, por *Cuestiones sobre el espíritu* y el de otra de Lotze: *Medicinische Psychologie (Psicología médica)*, por *Fisiología del espíritu*. Se ve que en algunos puntos escribió sobre lecturas rápidas y con cierto apremio de redacción, amontonando *grosso modo* todos los materiales que le parecían convenir á la elaboración de su obra. De aquí también pro-

vengan quizá muchos descuidos de estilo que en ella se advierten, á poco que el lector pare en ello la atención.

Por lo demás, ni un lector habrá que no eche de ver ni deje de apreciar en las páginas de André, lo mesurado de la crítica, lo abundante de la información, lo selecto de las fuentes, siempre exquisitas y numerosas, aun en los atagantamientos más apremiantes de los afanes literarios; y bien se puede dispensar este defecto en las clavijas, cuando con impecable y nunca desmentida afinación vibra el instrumento. *La mentalidad alemana* hará época en la historia de nuestra cultura filosófica.



La Universidad de Munich

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO



DE LA VIEJA ESPAÑA

ÉGLOGA

SENCILLAMENTE, con la sobriedad y el vigor colorista que caracterizan el arte de Gonzalo Bilbao, ha sabido el ilustre pintor sevillano expresar una escena encantadora y dulce de la vida campesina.

A la caída de la tarde, torna al hogar la pastorcilla. Ya encerrado el rebaño, sólo el mastín leal la acompaña. Hilando, esperaba la hermana mayor, que al ritmo lento é igual de su rueca, tal

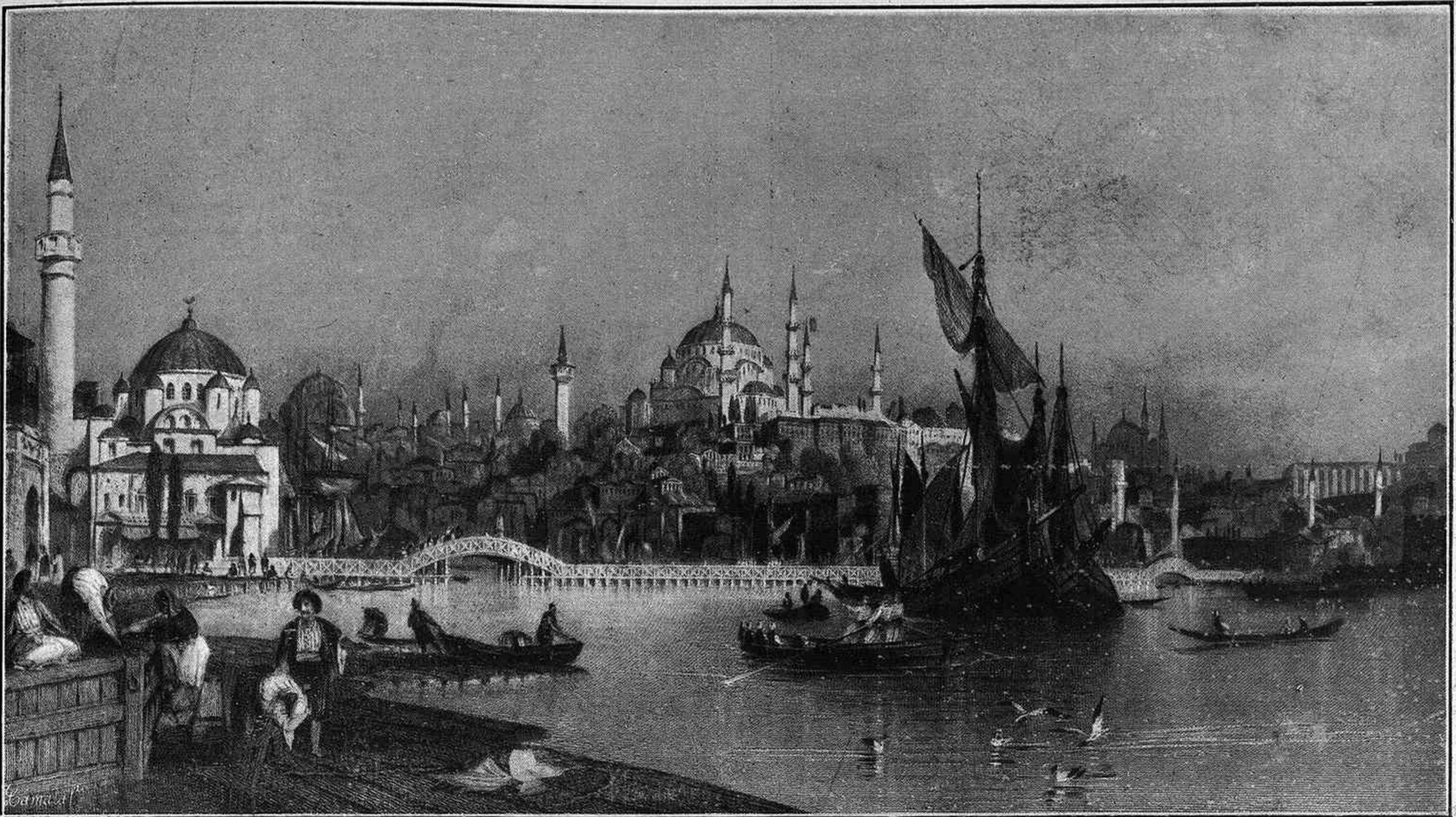
vez hile en su memoria, ensueños de amor. Sobre este grupo de ingenua gracia, de serena placidez, tiende un viejo castaño sus ramas protectoras... Pero hay algo más que el aspecto sentimental, que la romántica evocación de una égloga, en este cuadro. Hay también la representación de dos tipos, bellamente pintorescos, de la vieja España.

Desgraciadamente las campesinas de Castilla,

de Asturias, de Galicia, de León, y también de las montañas vascas y cántabras, como de las levantinas huertas, empiezan á desdenar los trajes típicos y característicos.

Y dentro de unos años, solo hallaremos ataviada de tal guisa á las mujeres españolas en los cuadros ó descritas en los libros de pintores y escritores que sientan muy arraigado el culto de nuestra raza.

:: LA ANTIGUA CONSTANTINOPLA ::



Vista de Constantinopla en el siglo XVI.—(De una lámina antigua)

TURQUÍA, la eterna amenaza de la paz en Oriente, nuevamente se ha lanzado por las sendas tradicionales de su historia y ha empuñado las armas en ayuda de los austro-germanos y frente a su implacable rival el Imperio moscovita. Todavía reciente hállase en el ánimo de todos la guerra balcánica, con sus numerosos incidentes, la toma de Andrinópolis por los búlgaros, el asedio de Constantinopla, y en definitiva, los numerosos reveses que sufrieron los turcos, y que no mitigado su natural afán de guerreros ufánanse por acometer lo imprevisto, en ansia de recuperar quizá lo que en el último conflicto, y por la paz de Londres y de Bucarest, le fue arrebatado. La joven Turquía, esa misteriosa asociación, que tan fuerte influjo ejerce en el gobierno constitucional del país y que formó el nuevo régimen, destituyendo al Sultán Abdul Hamid en la revolución de 1909, y colocándolo en su lugar al presente jefe del Islamismo; Mohamed, es la que por boca de Enver Bajá, el dictador ministro, ha declarado la guerra a los aliados, pero principalmente, a su enemigo de siempre, al que fomentó contra ella la coalición balcánica, a la que en 1876 le infligió tremenda derrota: a la Rusia Imperial al dominio de los zares.

Las noticias que nos transmiten de Constantinopla hacen sospechar que la actual determinación de aliarse a

Alemania, se debe en gran parte al ministro de la Guerra turco, al célebre Enver Bajá. ¿Y quién es este Enver Bajá? Empezó su nombre a sonar cuando a raíz de la revolución de 1909, tuvo parte principal en la formación del comité *Unión y Progreso*, que destituyó al sanguinario enfermo: a Abdul Hamid. Luego, en la conquista de la Tripolitania en la reciente expedición colonial italiana, cuando ya firmada la paz de Lausanne que garantizaba el predominio material de Italia y dejaba al Sultán la preponderancia religiosa, el joven oficial Enver Bey, siguió oponiendo tenaz resistencia al frente de las tribus árabes, lo que le captó gran

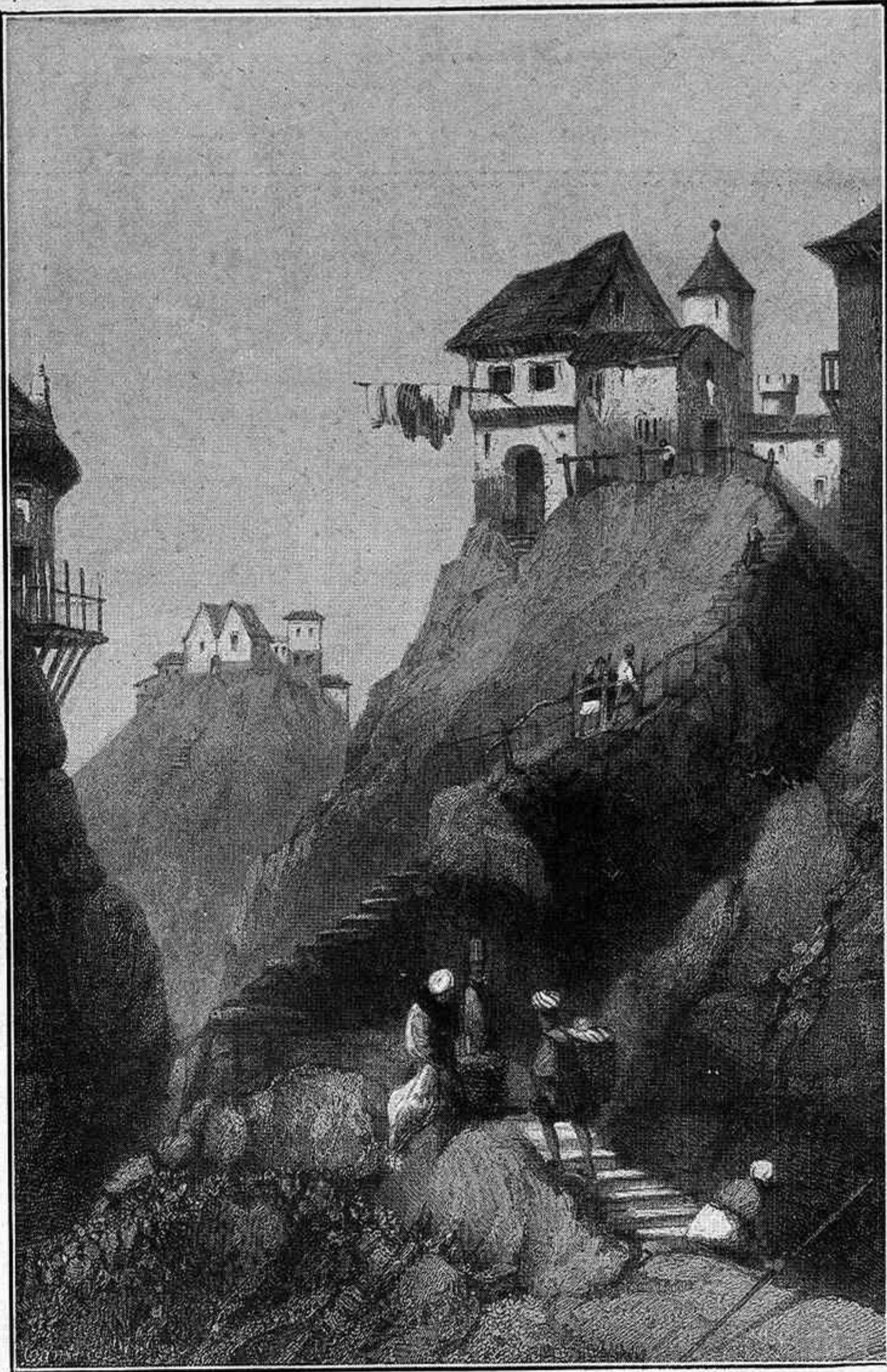
popularidad en su suelo patrio. Reciente está en la memoria de todos, su presencia en el asesinato del generalísimo turco y del presidente del Consejo Kiamil Bajá, poco después del desastre de Tchataclja, ambos de tendencias anglofilas. Su influencia se ha ido acrecentando y a su resuelta audacia une un valor extraordinario que le ha permitido escalar los más elevados puestos y disponer a su antojo de los más altos cargos. Grande fué el éxito logrado el día de su triunfal entrada en Andrinópolis, cuando la evacuaron los búlgaros a causa de las derrotas infligidas a sus armas por los griegos y serbios.

Abdul Hamid y Enver Bajá, dos personas que simbolizan la antigua y la Joven Turquía. El uno, ya lleno de achaques, yace postrado en Salónica, idiota, según se dice; el segundo, arrogante y altivo, desprecia las proposiciones de los aliados y en la firme creencia que es conveniente a su Patria unirse a los alemanes, se arroja a la sangrienta lucha contra el eterno adversario.

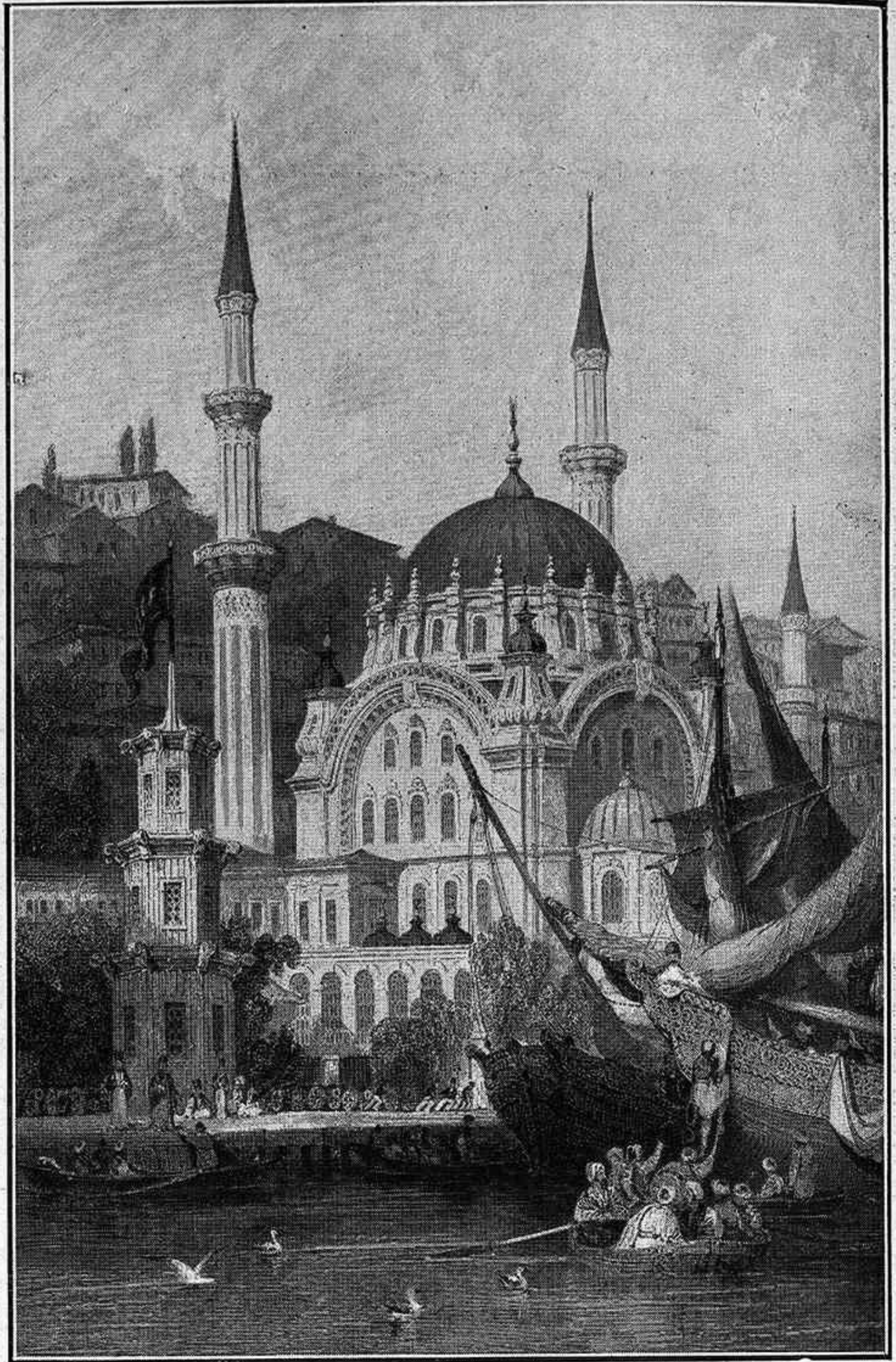
La Turquía que muere representada está en la figura del Sultán caído. Y, sin embargo, era la Turquía grande, la de inmensos dominios, la de opulenta riqueza. Constantinopla, vergel de flores, la ciudad encantada de Aladino, extendíase por ambas márgenes del Bósforo, poblando sus risueñas orillas con los lujosos palacios de los sultanes y de su ostento-



Cadáver de un ajusticiado político arrojado al Bósforo.—(De una lámina antigua)

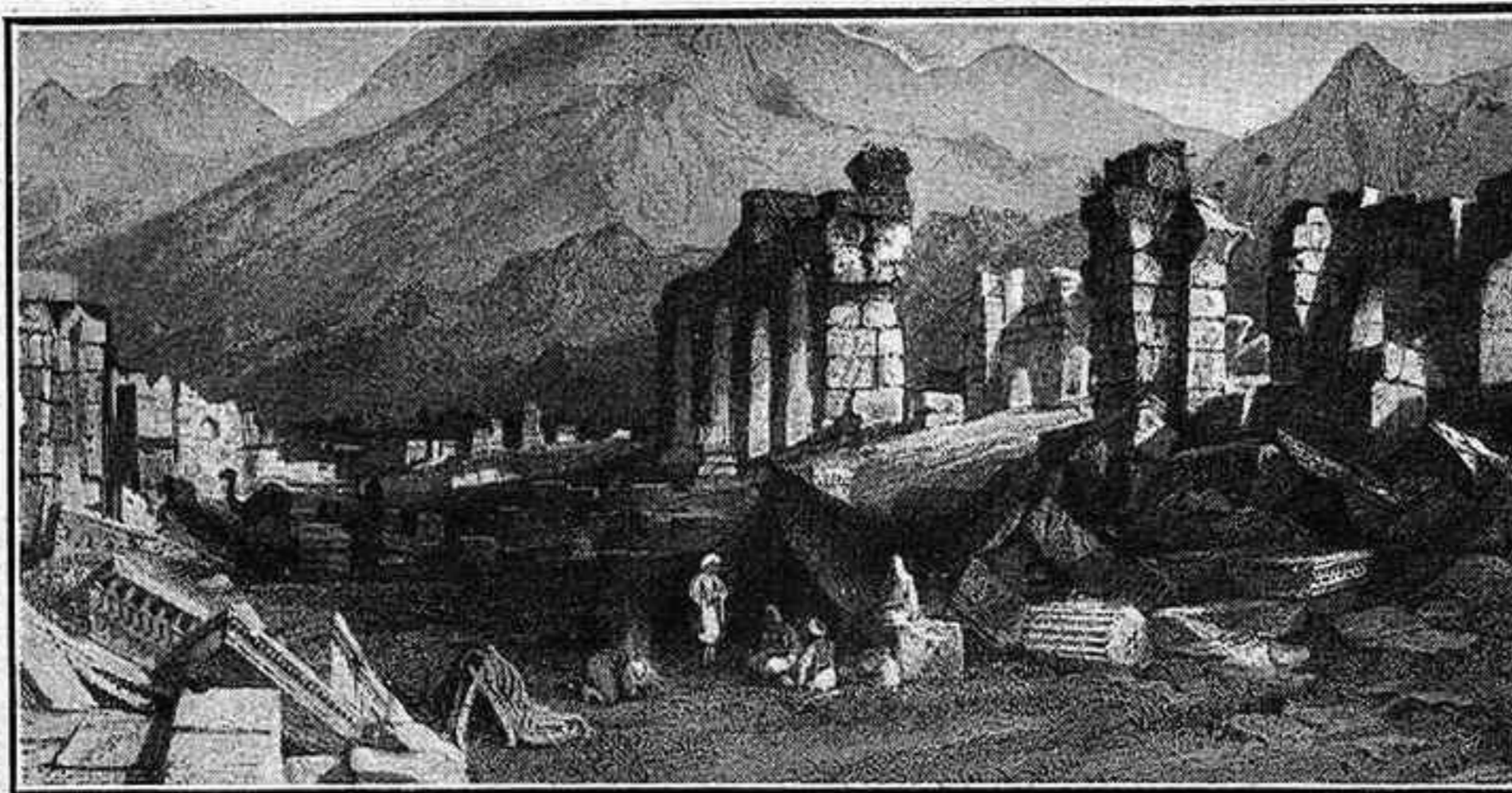


Aldea de Roumelia, cerca de Adrianópolis



Mezquita de Mahmoud II en Tophana

tosa Corte. Finos alminares, esbeltas torres, grandiosas cúpulas, culminaban el efecto fantástico del «Cuerno de Oro», nombre de la más bella bahía que en Oriente existe. Bajales cargados de oro y de sedas preciosas, atracaban á los muelles donde los servidores del Sultán, los eunucos de broncea faz y con rojo fez sobre su tozuda cabeza, aguardaban para llevar á la presencia de su señor toda la variedad de productos que allí se descargaban. La ciudad del misterio era por entonces Constantinopla. Sumida en el atraso y en la pereza, sus calles defectuosamente alumbradas, por la noche, eran escena de sanguinarios actos de crueldad. ¡Cuánta hermosa donce-



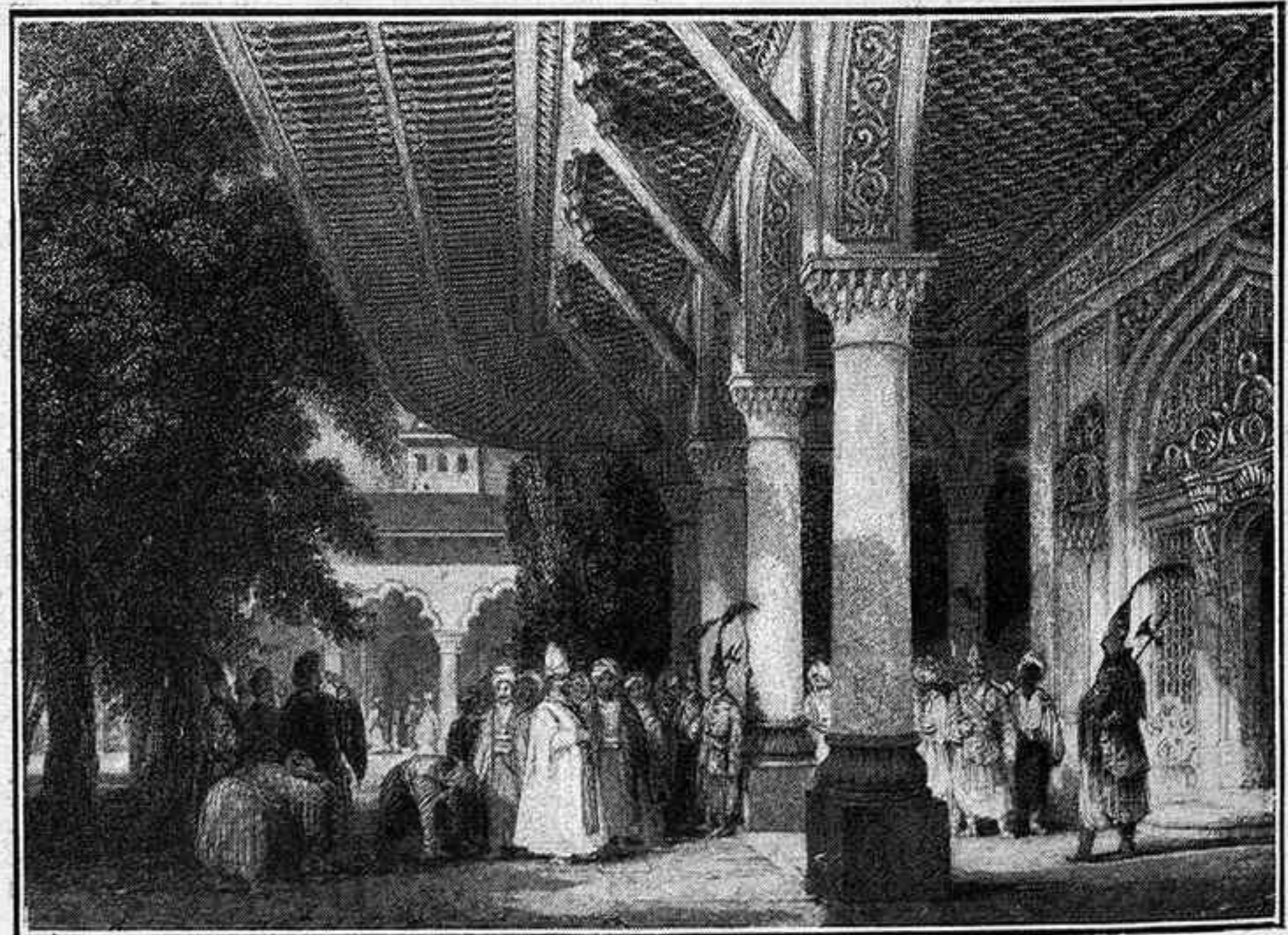
Ruinas de un templo en Laodicea

lla no fué raptada del hogar paterno para engrosar el número de favoritas del harén imperial! ¡Cuántos fieles esposos no pagaron con su vida la osadía de atreverse á defender la honra propia! ¡Aguas del Bósforo, á semejanza de las lúgubres de Venecia, qué de misterios no encerrais!

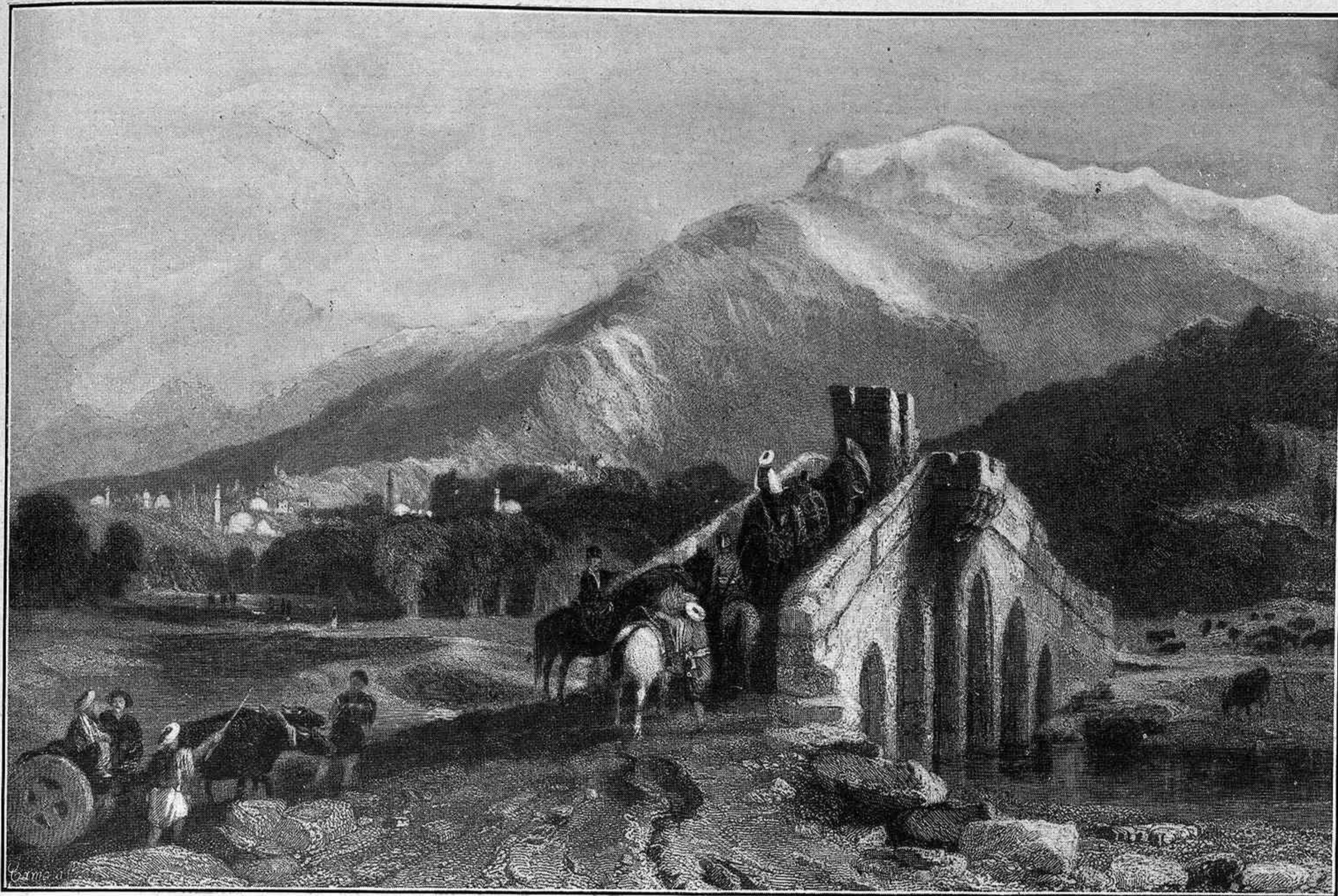
Juventud viciosa, vejez crapulosa, dice el refrán. Y así, en efecto, Abdul Hamid, prototipo del hombre pervertido, ha llegado á la madura edad hecho una lamentable ruina. Decíase de él, que en sus noches de insomnio, espoleado por la conciencia, recorría como loco los salones del suntuoso Palacio, huyendo de fantasmas y espectros acusadores que le perseguían. El temor de ser envene-



Mezquita del sultán Achmet en Constantinopla



Puerta de entrada á la sala de recepción del Palacio del sultán



Monte Olympus en Brusa

nado y el de morir al filo del acero, le hacían perpetrar las más extrañas arbitrariedades. La guardia imperial, formada de árabes fornidos, era constantemente puesta á prueba en su lealtad al Soberano, y el yate imperial dispuesto, en todo momento, para zarpar, en caso de sublevación ó motín peligroso.

No obstante las grandes anomalías que en su reinado se sucedieron, no son pocos los escritores que consideran que la última derrota en los Balkanes sufrida por Turquía, débese en gran parte al nuevo estado de cosas en aquel país. La victoria decisiva que lograron los turcos en su

guerra con Grecia el año 1897, y la tenaz resistencia hecha á los rusos en la célebre defensa de Plevna por Osmán Bajá, constituían para los técnicos militares pruebas palpables de la eficacia real de las armas musulmanas y achacaron á la ingerencia del elemento político en el ejército, los descalabros sufridos por sus tropas á manos de los griegos, serbios y búlgaros, aún no hace tres años.

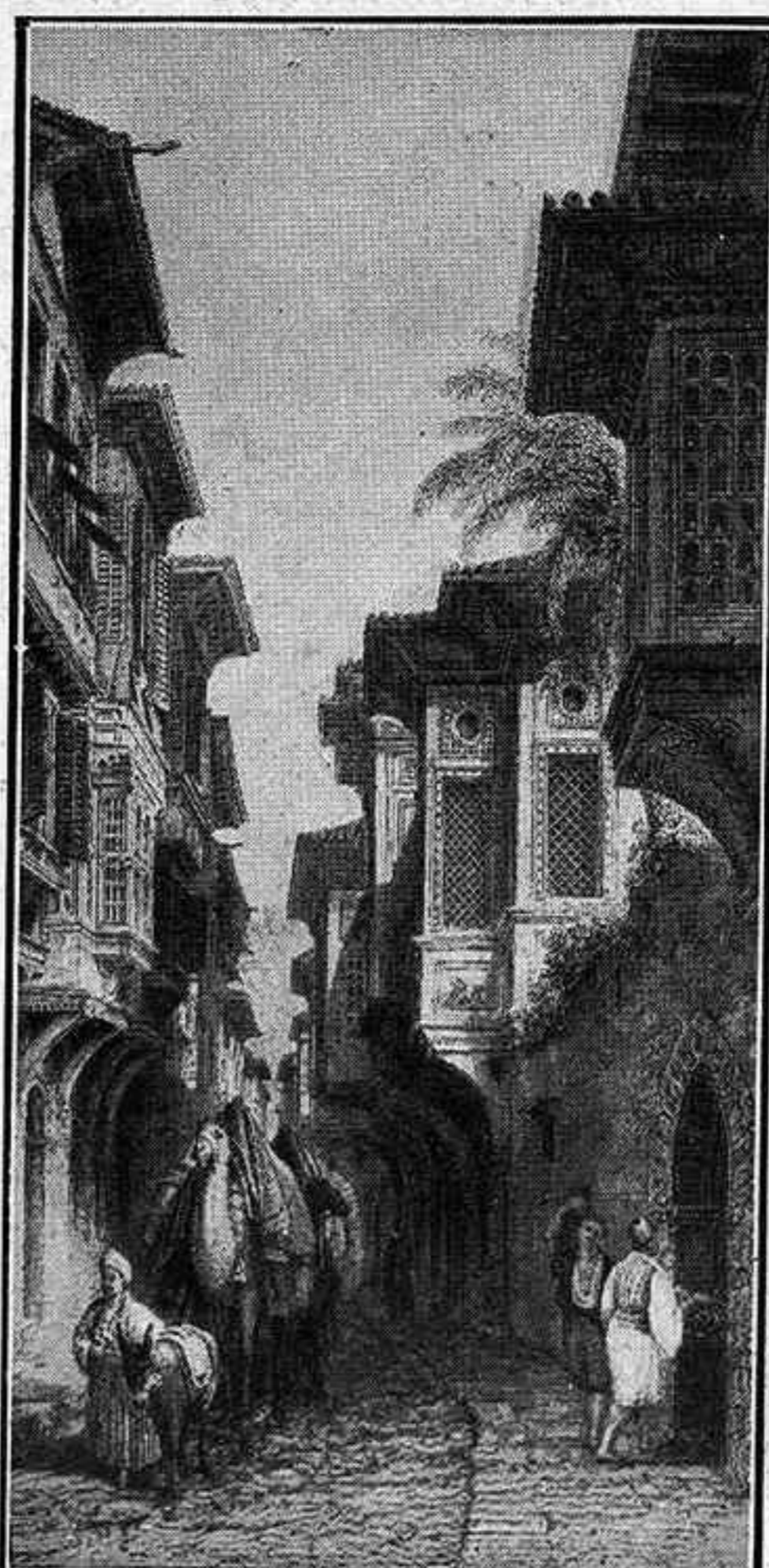
Nuevamente, no dominando su espíritu guerrero de tribus nómadas, acometen los turcos lo imprevisible y ya sus tropas amenazan el Cáucaso ruso y los valles de las desembocaduras del

Nilo. Su intromisión en el conflicto, de no llevar aparejada la posibilidad de la intervención de las naciones balcánicas, puede llegar á ser decisiva, no sólo desde el punto de vista de refuerzo material del contingente austro alemán, sino además por la soberanía religiosa del Sultán, jefe supremo de los mahometanos, que podría originar una sublevación general de ese elemento musulmán en las colonias inglesas y francesas, en las tierras de la India, de Egipto, de Argelia y de Marruecos.

JUAN CASAS



Odaliscas en el harén del sultán



Una calle de Smyrna



Favorita del sultán



ROJO Y AZUL

A l regreso de una escapada á Francia, busco con ansiedad los periódicos españoles que no pude ver en el digamos destierro. Casi vacié la carpeta de un vendedor donostiarra y refugiándome en el dosel que forma un tamarindo de la Concha, me dispongo á la lectura. Al fin de un párrafo, lanzo al aire una bocanada de humo del cigarrillo que he encendido, y al terminar otros párrafos hago que la vista se extravíe mar adentro. En una de tantas huidas no me detengo hasta encontrarme de nuevo en territorio francés. Se acabó el ojear los papeles públicos. Este artículo se tejió con referencias de la prensa nacional y con recuerdos galos. Se envuelve el discurso en la nube azulada y perezosa del tabaco, como en los velos de la indolencia otoñal.

En la mayoría de los diarios descubrí una crónica que trataba de la escasez de ropa del ejército republicano. Se aproxima el invierno y diríase que nos horroriza la idea de que los soldados tengan frío, además del hambre que ya soportan á la fuerza. El gobierno que preside M. Raymond Poincaré no se decide á confesar la falta de impermeables y de abrigos, pero Clemenceau ha divulgado el secreto, sin importarle que la saliva caiga en su cara de cascanueces, con tal de escupir al cielo. Otro indicio seguro de la escasez en el vestuario oficial se revela en las múltiples cartas de simples ciudadanos, que, en nombre de numerosas familias, se comprometen á vestir cada uno á sus parientes. Por último, circula la noticia de que llegaron á Barcelona diversos y acaudalados emisarios del Gabinete que reside en Burdeos, los cuales se proponen enriquecer la

más importante y característica de las industrias catalanas. Por nuestra parte sólo podemos añadir un detalle pintoresco y que ingerta con la no interrumpida tradición versallesca. Cuando cruzamos el bordelés *Cours de L'Intendance*, ya camino de España, en las carteleras iban apareciendo las bases de un concurso para proveer de guantes á los héroes. ¡Se piden cuarenta mil pares de guantes!

Contrasta con la pobreza del guardarropa francés, el lujo con que se atavían las tropas inglesas. Los rubios colosos del Rey Jorge no echan de menos nada, á no ser la minucia de sus monumentales cajas de cerillas. Exacto y curioso. En cuanto á las legiones del Kaiser, se prepararon con tal sagacidad y abundancia, que sus trajes se tiñeron del color del terruño, y ni se deterioran, ni los distinguen desde la altura los prismáticos de los aviadores.

Evocación de la mascarada cuyo desfile amenizó nuestras horas al borde del Garona. Estudien otros las consecuencias políticas, de orden interior, y las militares, ahora de toda internacionalidad, que se desprenden de la imprevisión del gobierno de la República. La enorme y apasionada reacción religiosa que observamos en las iglesias y las calles francesas, tiene ahí una fuerza que le ayudará á posibles mutaciones del régimen. Pero no adelantemos el epílogo de la paz. Nosotros queríamos deshilar unos comentarios, acerca del espectáculo, demasiado alegre, que proporciona la contemplación de unos cuantos uniformes gabachos. No creais que intentamos una burla. Precisamente, nos-

otros, que amamos á Francia, pretendemos ver en su desmaño un síntoma favorable y tranquilizador.

Entre dos luces, animan las avenidas de la capital interina, las elegantes parisienses y bordelésas y los soldados heridos ó con destino en los ministerios. La moda femenil consiguió implantar una silueta; pero de cerca y cada una de esas siluetas ofrece un aspecto distinto. Es decir: las mujeres se adornan según sus impulsos particulares y, sin embargo, coinciden en las líneas del conjunto. Armonía en la variedad, he ahí esta moda y una de las definiciones clásicas de la Belleza. Por el contrario los soldados se igualaron con un idéntico uniforme, y no hay dos figuras que se parezcan ni recuerden la una á la otra. ¡Misterios!...

A pesar de las infinitas diferencias que separan á los innumerables tipos, en la perspectiva del recuerdo, destacan como dos franjas de dos sensaciones dominantes. La caricatura que llega á deformidades grotescas y el refinamiento cursi que induce á pensar en las romanzas de Tositi. Lo que va de un reservista que sirve en Infantería á un oficial de Caballería. No se ha acertado con el término medio, con el equilibrio, con la discreción.

El quepis abollado y descolorido y que se hunde hasta las orejas. En vez del lienzo nítido de la camisola, una dedada de una tela azul marino. La tosquedad y la amplitud no resuelta en curvas holgadas y sencillas, del capote que se desliza. Rojos con acritud y flotantes los calzones que llamean. Unos zapatos más rudos que

los *sabots* de los pescadores. Ahí teneis la marcialidad de un peón en la tremenda partida de ajedrez.

Afilada la charolada visera y celzste con vivos áureos el quepis. Del mismo tono primaveral la guerrera, que se ajusta al talle de avispa. Los pantalones son colorados con una doble franja celeste también, y caen en desbordamientos y se arrollan á las botinas, agudas y luengas, al estilo de esa uña larga que suelen lucir los peluqueros de provincias. Describíamos á un arrogante oficial.

Dicen... Los exploradores de los aeroplanos dicen que un solo militar francés, en mitad de la planicie verde, resalta y cabe utilizarlo como jalón. Creeríanse señales dispuestas por los ulanos. Maldicen las pupilas cultivadas en el color, de la destemplanza y algarabía con que los celestes y los granas se mezclan, sin otra esperanza de divorcio que la terrible de la separación ocasionada por un proyectil. Y los indicados uniformes fueron aderezados por insignes pintores de París. Terrible acusación contra el arte francés. Uno de los peñgros de la actual epopeya, consiste en la probable resurrección de los proverbiales pintores de batallas, tan celebrados orillas del Sena.

Tornemos á la Infantería. Debajo del quepis hay un rostro de epicúreo ó de dispéptico. Ahora los carrillos mofletudos y la nariz migosa y la papada redonda y sin afeitar. Ahora los lentes, y unas mejillas hundidas y pálidas, y el bigote ralo y acusada en el cuello la nuez. La panza del uno se amontonó, gracias á la oquedad producida y cavada, en la del otro. Las manos de entrambos se agrietaron y en los pliegues queda la grasa con que se limpia el fusil. El epicúreo amenaza con estallar y el dispéptico se empequeñece dentro del capote. Semejan intencionadas parodias cuarteleras, en un escenario, á cargo de Dranem ó Mayol. Se sienten deseos de agarrarlos por la trabilla del capote y colgarles

en un *pim pam pum*. El epicúreo no se da cuenta de su compromiso con la muerte y sólo piensa en vivir. El dispéptico marcha sonambulescamente, y entregado á unos sueños remotos, y en las ruinas producidas por los obuses extenderá unas vagas telarañas del espíritu...

El oficial del talle de avispa y que presume de pie, enguanta sus dedos, de gamuza amarillo limón, y en su cara se deslien las tonalidades sonrosadas propias de un retrato al pastel. Rubio y perfumado el mostacho. Inevitablemente gasta monóculo. ¡Si las marchas bélicas se trocasen en un tango! Parecen militares preparados para el momento de lanzar un suspiro, oliendo las rosas que les brinda una enfermera aristocrática, un antiguo y recobrado amor.

Nuestro clásico coronel *Mil Bombas* desdeñaría á los celestes y colorados muñecos de porcelana. El último de los *pistolos* no se dignaría mirar á un colega del burdo capote; nuestros *pistolos* que se ciñen la correa como su faja de seda los toreros, que se lustran las botas, que llevan guantes blancos y cuello de celuloide, que fuman puro y no dejan caer la ceniza. Tú mismo que me lees quizá en el salón del limpiabotas y de cuando en cuando miras cómo se va embelleciendo tu calzado, y te contemplas en el espejo con tu corbata pulquérrima, seguramente compadece á los desdichados soldadotes y soldaditos. En general los españoles no comprendemos la progresiva transformación, cada vez más defectuosa, de las facies extranjeras. España es el país de los abuelos acartonados. Se explica. La ausencia de vida interior, de grandes pasiones, de fatales placeres y de los febriles desvelos del estudio, hace que no exista en nosotros la carcoma que sufre el resto de la palpitante humanidad. Acabamos en momias vivientes, nunca vivientes del todo. Por ahí fuera, el arte, el alcohol, los vicios, las ambiciones, el dinero y hasta el aire operan de continuo en la carne, como la gota de agua en la piedra. A mí me en-

ternecen las huellas de cualquiera de los elementos destructores enumerados arriba, porque indican un pasado agitado, de borrasca, de vibración. Goethe dice en una de sus *Elegias romanas*, procurando consolar á una belleza que está triste á causa de la madurez de sus encantos: «¡Alégrate y recuerda que te mustiaron los besos del amor!»

¿Sabeis la gran virtud de los desgarbados ó relamidos militares franceses? Que no evocan el campo de batalla. Francia debe alegrarse por tener un ejército que trasciende al estado civil. Llegamos á la conclusión. Si estos soldados que se arrancaron al despacho de la oficina y al taller y á la mesa cargada de documentos intelectuales, alcanzan la victoria, de seguro no insisten en su postiza profesión, que los afea, que los aparta de sus amores, ya sensuales, ya del alma. Si resultan vencidos, no quedarán inútiles y desocupados en el mundo. Se devolverán á sus pupitres, y ya veo al dispéptico enfundarse en su chaqué con una roseta morada en la solapa y calzarse los lentes y desempolvar los volúmenes que aguardaban como el rescoldo que no se apaga jamás. Si gana Francia, no hay temor del imperialismo. Si pierde Francia, no se hunde el glorioso país. Por que la nave de los galos, á un lado y otro lleva una serie de remos, pero no descuidó el procurarse una vela también.

Ya observo que alguien quisiera descubrir un contrasentido en mis palabras. Si los franceses no parecen soldados ¿cómo ahora demostraron tanta bravura en la guerra? He ahí un hecho que confirma mis cálculos. Los franceses pelean como leones por que creen que así conseguirán de una vez la paz universal.

...Y se terminaron los cigarrillos en mi paquete y no quedan más palabras ni más humo que confiar al viento.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

San Sebastián.



DIBUJOS DE ECHEA

(Claro, ruidoso, solvo, nauticado, resaca)

UN CUADRO HISTÓRICO
LA RENDICIÓN DE BREDA



"La rendición de Breda", cuadro del inmortal Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid

Las águilas teutonas tienden las garras por tierras de poesía y de leyenda, donde el dedo de Marte señaló a España muchas horas de victoria. Tierras de arte y de emoción, sobre ellas se levantan milagros de la piedra labrada y maravillas de la industria moderna, como si unos artífices misteriosos hubieran descubierto la secreta habilidad de comunicar iguales prodigios con el cincel y la aguja, en las caladas torres de Lovaina y Reims y en los encajes, tules y batistas de San Quintín y de Cambrai.

El suelo de Brabante y de Flandes, el de la Champaña y la Picardía, desde Gante hasta Amiens, tiembla bajo el peso de las águilas alemanas, y siente heridas sus entrañas por los pies de los soldados del Emperador. En las riberas del Escalda y del Mosa suenan voces extrañas que no cantan románticas baladas del Rin, sino bélicos signos de dolor y de muerte. Y desde la mañana a la noche, mientras los caballos guerreros galopan entre ciudades florecientes, hechas hogueras y sobre cuerpos insurrectos y sangrientos, los sollozos de millones de madres cantan tristemente la gloria de los vencedores.

Por estas tierras de leyenda, desde el Brabante septentrional hasta el Artois, pasó España la

gallardía de sus Tercios y la gloria de sus banderas. Asombrado Maestricht, vió el desfile de los soldados de Farnesio, cuando entraban en la ciudad con mucho lujo de bandas y de plumas; Breda sintió su empuje de leones, obedientes a la voz y al ejemplo del Marqués de Spínola; Mildelburgo contempló su salida, tras de rendirse con todos los honores, sonando cajas, encendidas las mechas de los arcabuces y tendidos al aire sus estandartes; su mismo vencedor, el Duque de Enghien, les hizo en los campos de Rocroy, la justicia de llamarlos el primer ejemplar del mundo. También entonces, bajo el cielo de Bélgica y de Francia, sonaban voces que entonaban cantares y romances de guerra; pero la cortesía y el amor, inseparables compañeros, de nuestros capitanes, supieron cautivar muchos pechos que maldecían de la guerra, mientras se abrían a la esperanza de una promesa deslizada entre los versos de un madrigal. Ahora sólo habla el odio, que es plomo en el campo de batalla, corso en el mar y hoguera en los pueblos donde las águilas teutonas clavan sus garras.

El arte ha idealizado las luchas de los Tercios españoles en los campos amenazados por las legiones de Guillermo II. Los pinceles de Bida sublimizaron los momentos precursoras de la bata-

lla, en el imponente silencio de la llanura, cuando mudos los labios y humilladas las frentes, la mirada de los soldados se elevaba a los cielos como escrutando su misterio; Royer recogió en el lienzo la decrepita figura del Conde de Fontayne, posando los achaques de la vejez en una silla de brazos, sobre un mar de arcabuces y de picas en el que flotan, como restos de un naufragio, cureñas rotas y banderas desgarradas; Franz Hals pintó alegres escenas de los armeros de San Jorge, descansos de la vida militar en los que el vino y el amor alejaban las inquietudes de la guerra. Velázquez immortalizó, con su nombre, la ciudad de Breda, ganada por los soldados del Marqués de Spínola en tiempos del cuarto Felipe.

Asombro de verdad, de color y de vida, los trazos firmes, vigorosos y exactos que Velázquez dejó en el *Cuadro de las Lanzas*, son una de las más grandes maravillas de su genio. ¿Qué pinceles, sino los suyos, pudieron immortalizar con más arte el nombre de la ciudad holandesa?

□□□

Distraído el cuarto de los Felipes en aventuras de amor y lances de caza, alejado del Gobierno el Duque de Uceda y muerto don Rodri-

go Calderón, regía la política española el Conde-Duque de Olivares. Brillaba, más que nunca, el sol del arte sobre España y eran días en que la pluma y los pinceles proclamaban su gentil señorío. Don Pedro Calderón escribía sus comedias; lanzaba Quevedo los dardos de sus jácara y letrillas; Velázquez deslumbraba con la magia de su paleta. Y en Holanda, gobernada por la Archiduquesa Isabel, ardía la guerra, encendida por la pasión imperialista y dominadora del Conde-Duque.

Vencedor en Juliers, el Marqués de Spínola puso sitio á Breda, la ciudad del Brabante, levantada sobre un campo de bosques rumorosos y verdes praderías, ceñida por las riberas de Merok y Aa, poblada de molinos cuyas ruedas mueven las azules aguas de los canales, como en un cuadro de Teniers. Era por el año de gracia de 1625.

Guardaba y defendía la plaza Justino de Nassau. Y era ella de tan soberbias fortalezas, que tenida en idea de inexpugnable, el de Spínola quiso sitiarla sin grande riesgo, con ánimo de rendirla por el hambre.

En auxilio de la ciudad amenazada por el cerco de los soldados españoles, acudió prontamente Mauricio de Nassau, espejo de caudillos holandeses, con un ejército fuerte de veinte mil hombres y un lucido cortejo de capitanes. Comenzado el sitio en la Primavera, ya era el Otoño cuando estuvieron frente á frente el de Spínola y el de Nassau para poner á prueba su bizarría, mientras dentro de las murallas de Breda hacía presa el hambre en los combatientes.

Obligado por las tropas del Marqués, Mauricio de Nassau, con sus huestes, se retiró á lugar no muy lejano, donde se fortificó de tal suerte, que pudo combinar con los sitiados fuertes ata-



Fragmento de la parte central del cuadro "La rendición de Breda", de Velázquez
REPRODUCCIÓN DE CAMPÚA



Detalle de una de las figuras del cuadro "La rendición de Breda"
REPRODUCCIÓN DE CAMPÚA

ques contra los españoles. Era el de Spínola del temple de los vencedores de Ostende y Rimberg, y se mantuvo firme, frente á la plaza, y atacado en la espalda por las huestes del holandés, que puso en práctica, para vencerle, todas las crueldades de la guerra. Así tuvo que defenderse de los hielos, las nieves y las aguas del invierno, que le echó encima el de Nassau, para anegarle, rompiendo los diques que los contenían.

Llegada la nueva Primavera, el cerco se estrechó fuertemente. Las tropas de Spínola estaban á las puertas de la ciudad, y tan cerca de las murallas la tienda del Marqués, que una bala de cañón le hizo pedazos su propia cama y otra le hirió el caballo, tiñendo en la sangre del noble bruto las gualdrapas. Impotente, al fin, el ejército auxiliar y ya vencidos los sitiados, entregóse la plaza un día de Junio, con todos los honores de la guerra. Tras del penoso asedio. Breda rindió sus tres mil hombres en el cuartel de Balanzón, al frente el gobernador Justino de Nassau con su cortejo de caballeros y capitanes. El de Spínola, presidiendo á los nobles de su campo y escoltado por haces de picas, recibió las llaves de la ciudad vencida y humeante, y tributó, con generoso sentimiento, la loa que merecían la constancia y el valor de sus defensores.

Pasados unos años, en el de 1629, aún frescos los colores del cuadro de *Los Borrachos*, preparó Velázquez, con la gracia del Rey, un viaje por Italia.

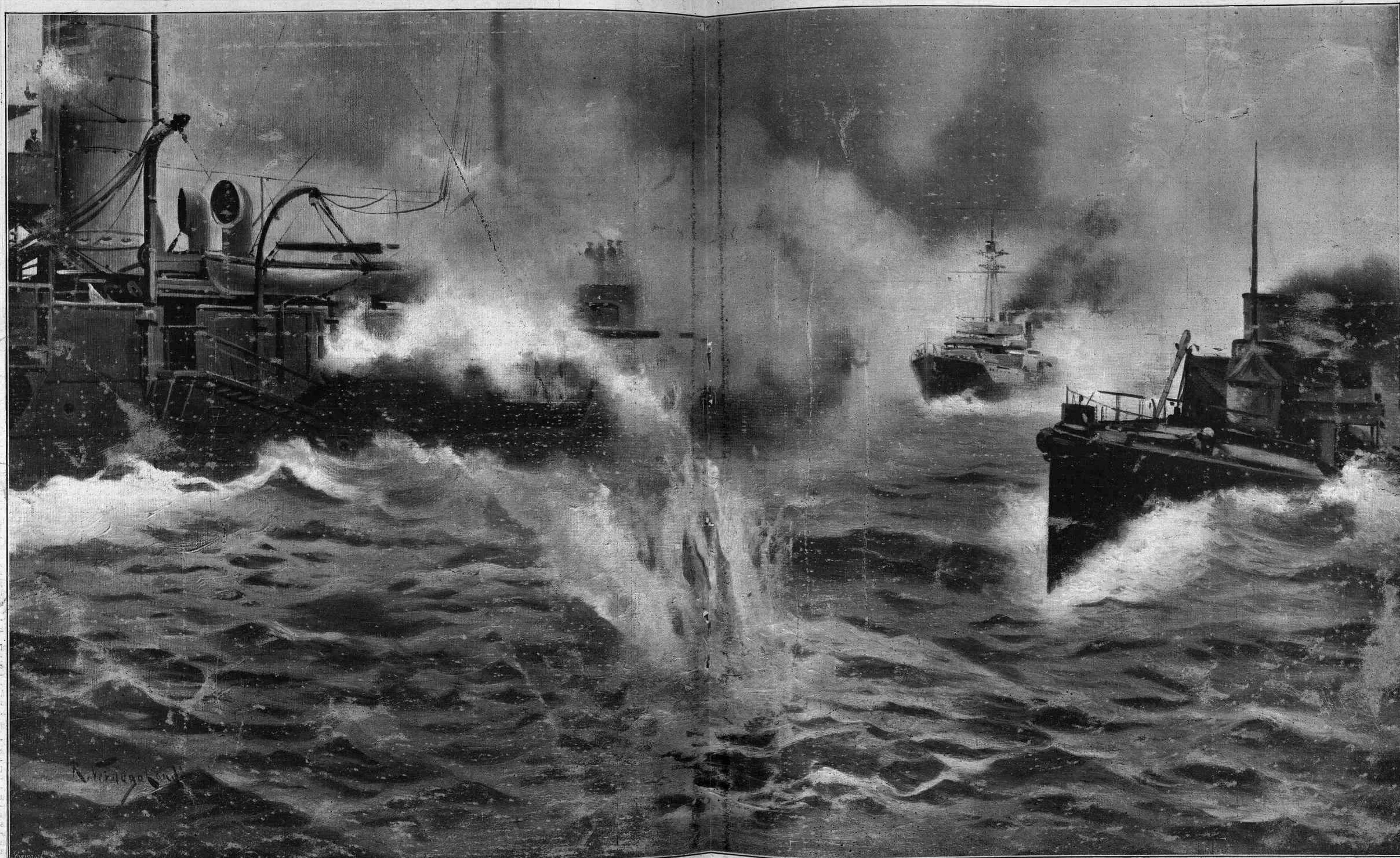
Al mismo tiempo, el Conde-Duque enviaba al vencedor de Breda á contener la codicia inspirada á Francia por la sucesión del Ducado de Mantua. Juntos, Velázquez y el Marqués, partieron del puerto de Barcelona hacia el de Génova, separándose en la ciudad de mármol, el caudillo para seguir, con su escolta, hacia Milán, y el artista para ir, en postas, á Venecia.

ooo

Velázquez immortalizó las proezas de los soldados españoles en el lienzo de *La rendición de Breda*. Tal vez ideó pintarlo en su viaje de Barcelona á Génova, oyendo sobre la cubierta del buque, en tardes de calma, el relato de las glorias y aventuras de las guerras de Flandes. Quizás, al brotar en la imaginación del artista la idea de su obra, el caudillo presintió que las ciudades que rindió con su espada romperían sus lazos con España y serían únicamente blasones en la Historia y el Arte. Es lo cierto que Velázquez pintó *La rendición de Breda* para el salón nuevo de comedias del Buen Retiro, donde un rey distraía sus ocios entre damas y galanes, en regocijos cortesanos, mientras lejos se resquebrajaban la Cerdeña y el Rosellón.

José MONTERO

LA GUERRA EN EL MAR

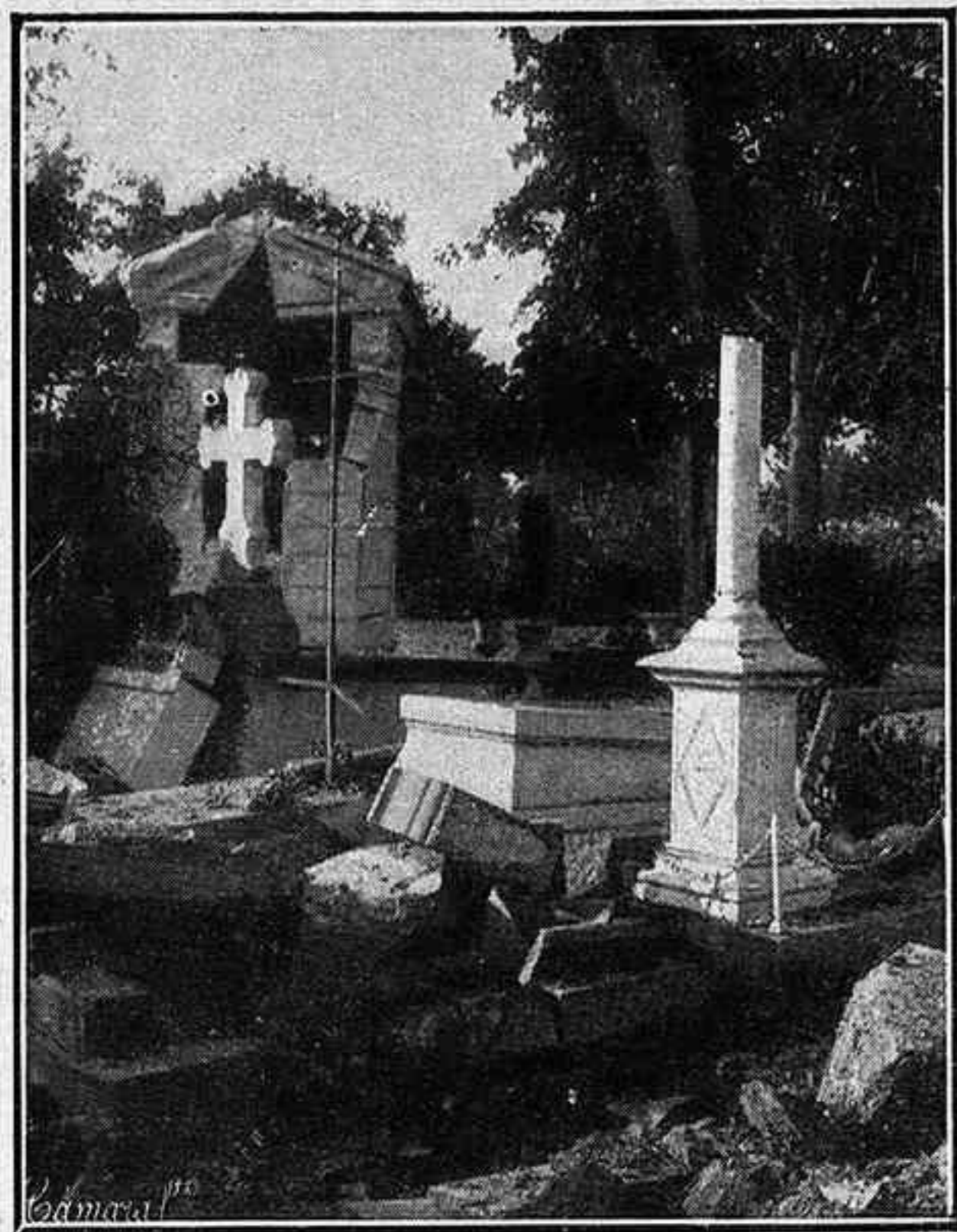


COLISIÓN DE VARIOS BUQUES DE GUERRA, ALEMANES É INGLESES, EN EL MAR DEL NORTE

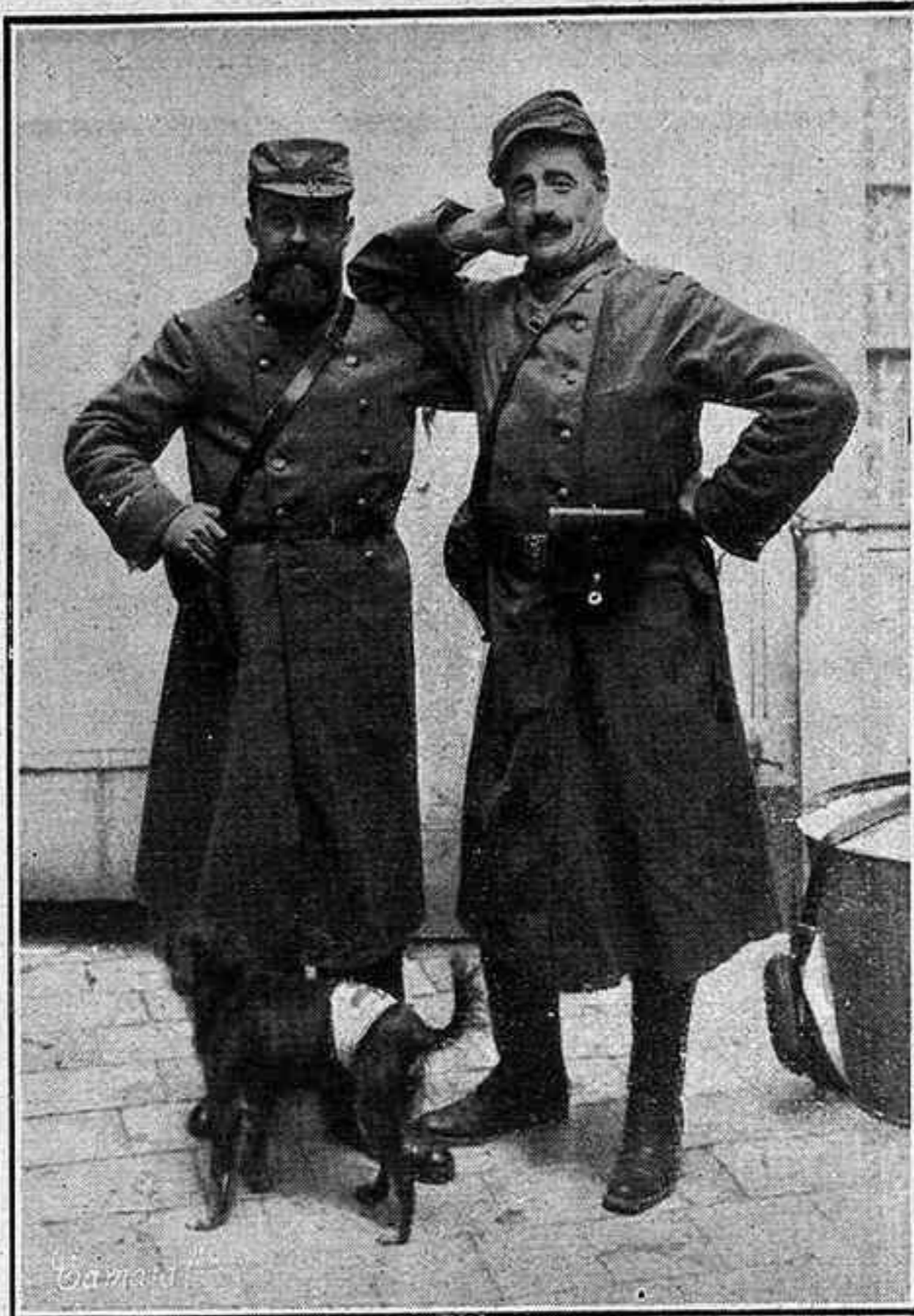
(Dibujo de R. Verdugo Landi)

NEO D
BIBLIOTECA
MADRID

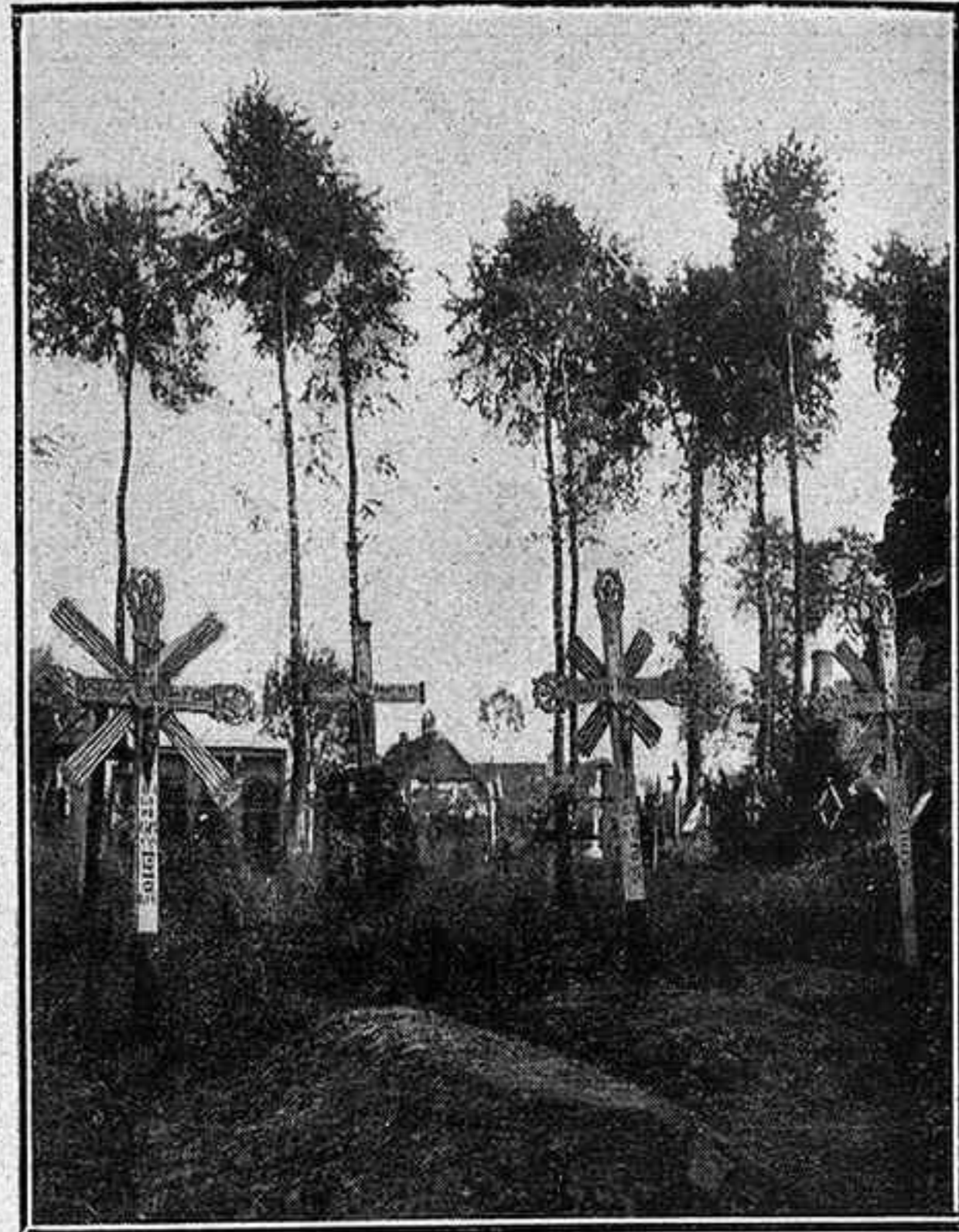
CONFIDENCIAS DE LA GUERRA



El cementerio de Reims, bombardeado por los alemanes



Paul Almarza y el corresponsal de "Illustrated London News", con un perrillo sanitario cogido a los alemanes



Tumba provisional del cura de Pradelle, muerto en Stracelle

UN paquetito envuelto en papel azul y cubierto de sellos franceses es, en estos días, algo emocionante é inesperado. Recibir una carta ó un periódico no nos sorprende; pero estas fotografías directas, nuevas, inéditas, que no han pasado aún por ninguna publicación, nos sorprenden, y al verlas tan reales, tan confidentes, nos parece que á través de ellas nos asomamos al campo de la guerra.

Me las envía desde Reus un buen amigo, al que apenas conozco en el retrato que las acompaña, tan transfigurado aparece con su uniforme y su revólver al cinto. Nada más opuesto al carácter de Paul Almarza que ese aspecto fiero de soldado. Almarza es ante todo un hombre bueno, bondadoso, un soñador, un idealista. Es uno de esos héroes de la vida obscura, de la lucha sorda de todos los días y de todas las horas, contra una sociedad, cuyas excelencias nos demuestra la guerra actual.

Desde los primeros momentos, Almarza me escribió lleno de exaltación y de dolor. Aceptada la guerra, como *mal necesario*; él no comprendía que nadie pudiese quedar inactivo. Para él, todo latino debiera imitar á Lord Byron y combatir por la moderna Grecia. Su esposa se afilió á la Cruz Roja y él acudió al campo de batalla, deseoso de ayudar, de sentir la emoción del combate, de ser testigo ocular y verídico de los sucesos.

Al respaldo de las fotografías, y en las hojas de un libro de memorias, vienen líneas escritas con lápiz, nerviosas, rápidas, que tienen el interés de las impresiones vividas y la autenticidad de su testimonio. Con intensa emoción, refiere sus penalidades para viajar por el Norte de Francia, tan peligroso, que su amigo el periodista inglés, redactor de *Illustrated London News* (que aparece á su lado en el retrato), no pudo acompañarle.

—«A mí me detuvieron—le dijo—y me condujeron á París, obligándome, bajo palabra de honor, á no presentarme jamás ante las filas inglesas. Ya sabe usted cómo fusilaron á un periodista que no quiso abandonar el lugar en donde lo descubrieran.»

Pero Almarza no desmayó, y después de un penoso viaje para ir desde París á Hazebrouck, llegó por fin á la ciudad del célebre abate socialista Lemire, el cual le hizo su prisionero de guerra, como ya lo eran los enviados especiales de *Le Journal* y del *Journal des Debats*, de París.

Con admirable sencillez retrata Almarza sus días de aburrimiento, con-

templando el aparato de la guerra, hasta lograr escapar de allí en dirección á Lila; sus penalidades solo por las carreteras y los campos abandonados; sus encuentros con los grupos de aldeanos y de soldados, recelosos siempre, unos y otros, de los espías, y magistralmente describe la tristeza de los pequeños pueblecitos destruidos por las bombas alemanas, como Rocne Pradelle y otros que encuentra al paso.

Llega el momento en que Almarza, que vaga

errante por aquellos sitios, está próximo á ser fusilado como sospechoso, salvándose milagrosamente. De este modo logra ir á Lila y á Reims; cansado, hambriento, durmiendo en las cunetas y en los cementerios; y fruto de esas penalidades, son estas fotografías confidentiales que recibo y que la indiscreción de la periodista lanza á la curiosidad del público.

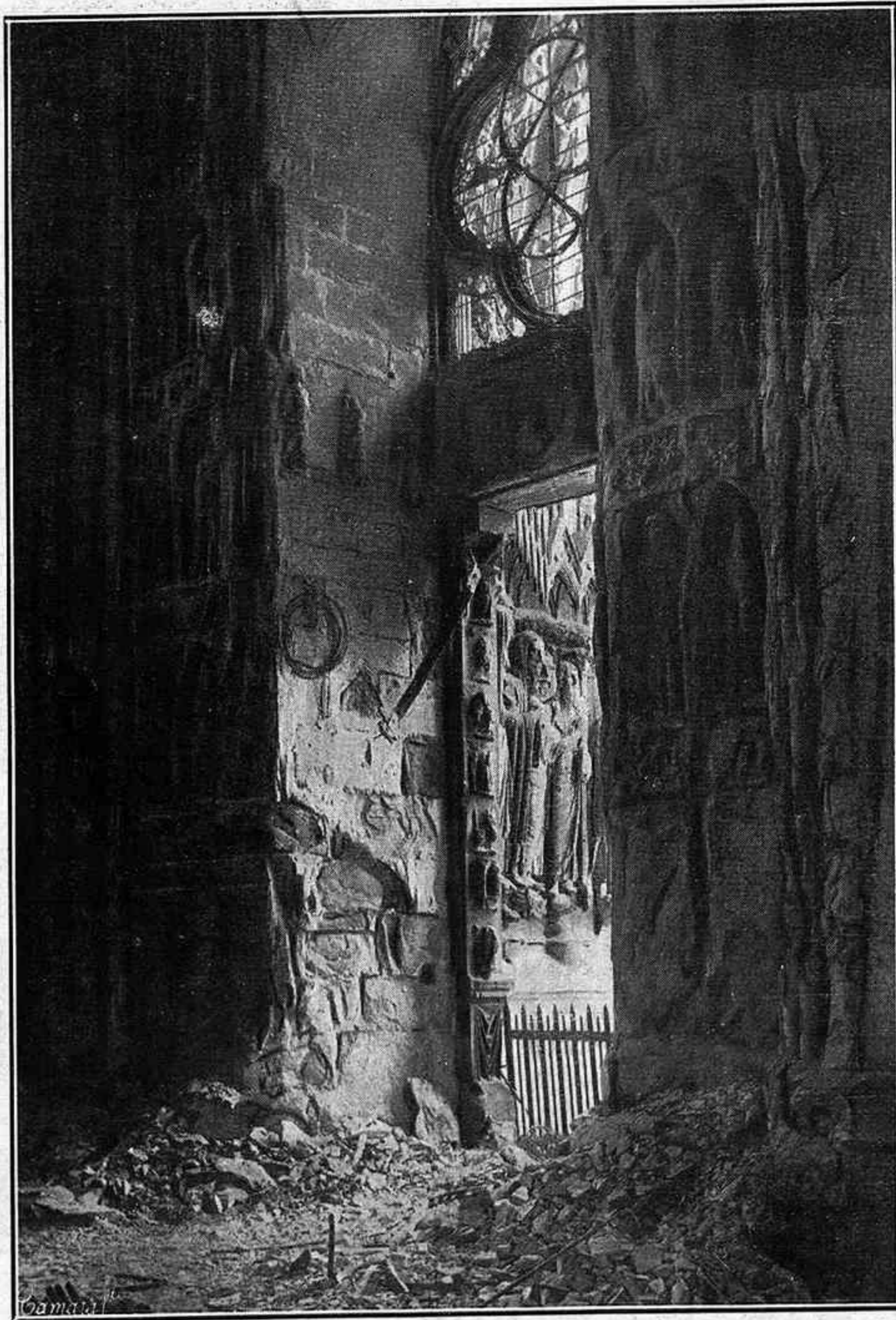
Hay fotografías de la Catedral de Reims; pero no fotografías de su conjunto y su portada, sino de un rincón perdido de su interior, en el cual se puede apreciar todo el estrago de los cañones, en esas piedras sagradas. En ese recodo íntimo, es más dolorosa y más conmovedora la herida, y se medita mejor la grave ofensa que se ha inferido al Arte. Otras fotografías son de escenas vulgares. Una de ellas presenta las ruinas de una casa de comercio quemada, y, al dorso, el lápiz le da interés con la nota enardecida, sencilla, sin explicación. «Casa Montaner. La colonia española ha sufrido toda clase de atrocidades».

Los ojos se detienen en dos cementerios, fotografiados por Almarza. Uno, el de Reims, está destrozado, deshecho. Mármoles, cruces, coronas y epitafios, muestran todo el horror de la destrucción, una destrucción desolada, que nos apena como si se hubiese *matado á los muertos* en ese mismo refugio escogido para su perpetuidad.

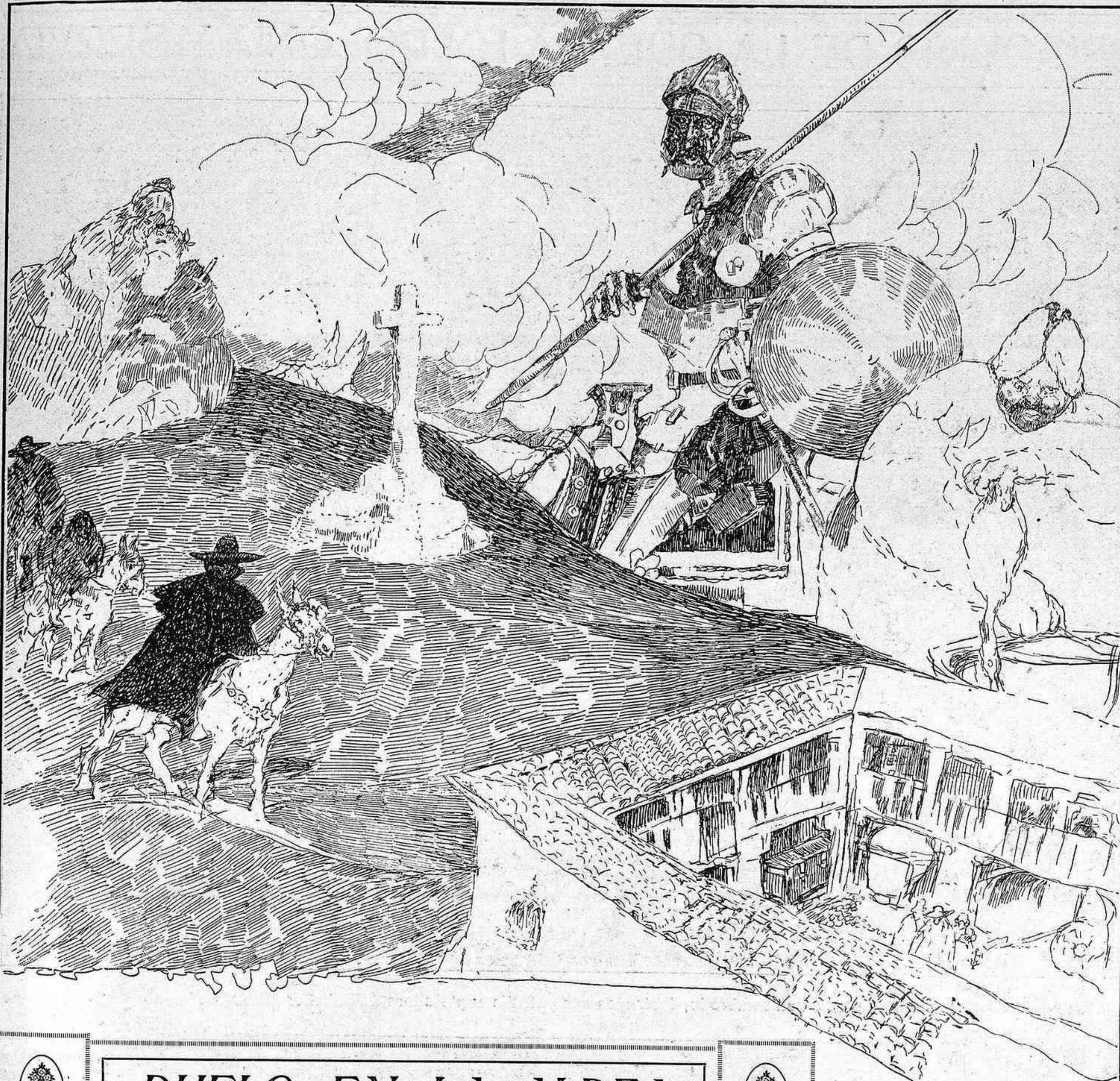
El otro cementerio de Stracelle ofrece un aspecto de reposo plácido, tranquilo, como ajeno á la guerra. Tiene un parecido con el paisaje apacible de los calvarios de Antonello de Messina, con sus árboles y sus cruces. Es un verdadero calvario. Su tragedia contrasta con la serenidad del ambiente. Delante de las cruces un montón de tierra, recién movida, espera el monumento y las coronas que el hombre enterrado bajo ella, no pudo tener el día de su entierro. Es la fosa provisional del cura de Pradelle que los soldados alemanes ejecutaron en aquel sitio, por no haberles podido facilitar las llaves de su campanario.

Y ahora, Almarza, trata de continuar el viaje hasta Lieja, quiere hallar las huellas de los españoles que se supone fusilados en la bella ciudad belga, y si logra su intento, su información ha de ser de un interés intensísimo para todos los españoles que no podemos mirar con indiferencia la suerte de nuestros compatriotas. Esperemos nuevas confidencias.

CARMEN DE BURGOS
Colombine



Detalle del interior de la Catedral de Reims, bombardeada por los alemanes



DUELO EN LA ALDEA
(VISION QUIJOTESCA)

Murió Camacho el rico, y más sonados fueron sus funerales que sus bodas.
Plañen las viejas, hipan las mozas, cesan las gaitas, campanas doblan en muchas leguas á la redonda.

Vienen de lejos los labriegos. Unos en trotadoras yeguas cabalgando, con luengas capas de estirados cuellos y los sombreros anchos; otros humildes, de anguarina y gorra, sobre los rucios de tardío paso.
Todos solemnes, todos callados, hacia la aldea van caminando.

Requiescat.
En los lares del difunto la comitiva forastera tiene cena y lecho dispuestos, como cumple al linaje del muerto, cual se debe á las honras del duelo. Largas mesas cubiertas con riquísimos manteles, manjares abundantes y variados á la asamblea rústica le ofrecen. Ollas como tinajas,

calderas y sartenes encierran mil viandas. Las frituras caen en la miel salidas del aceite. Panes y quesos se alzan en muralla con las corambres de abultados vientres.
Son funerales, bodas parecen.

Allí los curas. Entre sorbo y sorbo y en mesa aparte y con primor servida cuchichean y cuentan lentamente por los dedos las misas que les dejó el difunto. Fuera parte de las del funeral de los tres días y las de cabo de año, veinte el párroco, este quince, aquel doce... más los dichos del entierro y los gastos para cera, item más los responsos; suma limpia, rata por cantidad, tanto mas cuanto. Y sobre el muerto y su piedad platican.
Diez, veinte, ciento, doscientas misas.
Oremus. Rezan.
Gandeamus. Trincan.

Criados y pastores y mendigos toman parte en el duelo.
Allá á sus anchas los mozos de labor en la cocina gulusmean, engullen, prueban, cantan,

parten los panes, cortan los torreznos las carnes trinchan y los cueros sangran. Celebran las exequias los pastores juntos en la majada, y en redor de la hoguera donde humea la suculenta caldereta, yantan. Mendigos en tropel de los contornos rondan ansiosos la mortuoria casa y del festín los ópimos relieves disputanse á empellones y puñadas.

Todos ahitos llenan la panza, todos se afligen por la desgracia. ¡Dios en el Cielo tenga su alma!

Entre los brazos de su fiel Quiteria que al muerto le burló, Basilio el pobre no acierta á refrenar el cruel contento que su aún celoso corazón esconde. Y mientras Sancho traga á dos carrillos y menudea tientos á las odres, riendo amarga, serena, noble, surge la sombra de Don Quijote.

JOSÉ DE LASERNA

DIBUJO DE MARÍN



EPISODIOS DE LA GUERRA EN POLONIA Y SERVIA



Tres soldados alemanes, ocultos en un sembrado, destruyen una patrulla exploradora de Caballería rusa, en las cercanías de Kutno

Los emocionantes episodios de la guerra europea han recogido y publicado en *Illustrirten Zeitung*, los famosos dibujantes alemanes Brandes y Assmann, corresponsales de dicho periódico en operaciones. Son los que aparecen en esta página.

El paso del Drina, entre Loznica y Ljesnica (frontera de Bosnia y Servia), ha sido fuertemente disputado por serbios y austriacos desde la ruptura de hostilidades. Fuertemente atrincherados los serbios en la ribera alta, hicieron tenacísima resistencia al avance del ejército enemigo, especialmente del 10 al 14 de Agosto último. Una tras otra, se sucedían las cargas a la bayoneta de la infantería austro-húngara; las



Asalto de las fuertes posiciones serbias en la ribera alta del Drina, entre Loznica y Ljesnica, por la Infantería húngaro-cróata, en uno de los últimos combates

trincheras eran tomadas y desalojadas varias veces ante el mortífero fuego de la artillería. Por último, el regimiento de infantería número 16, compuesto de croatas y húngaros, en una valiente acometida, logró arrollar a los serbios, quedando posesionado de la formidable posición.

Otro episodio impresionante de la guerra, se desarrolló en las recientes operaciones de los alemanes contra las *sotnias* cosacas en Polonia. Tres soldados de infantería prusiana, ocultos en un sembrado, lograron destruir con certísimo fuego, una fuerte patrulla de caballería exploradora, resultando absolutamente ileso. Los tres heroicos infantes fueron condecorados con la Cruz de Hierro por el Kaiser.

FRENTE AL ENEMIGO



LOS GENERALES JOFFRE Y FRENCH, ESTUDIANDO LA MARCHA DE LAS OPERACIONES EN LA LÍNEA DE COMBATE DE FLANDES, EN UNA GRANJA ABANDONADA

Las terribles condiciones en que luchan en Flandes y el Noroeste de Francia los ejércitos beligerantes, lucha sin tregua ni descanso, obliga á los jefes supremos de esas fuerzas á permanecer en constante actividad.

Esa tensión heroica, ese anhelo constante por la victoria, lo ha sorprendido el corresponsal de guerra inglés Mister Thiriat, en esa nota fugitiva y emocionante, en la que aparecen los dos famosos generalísimos.

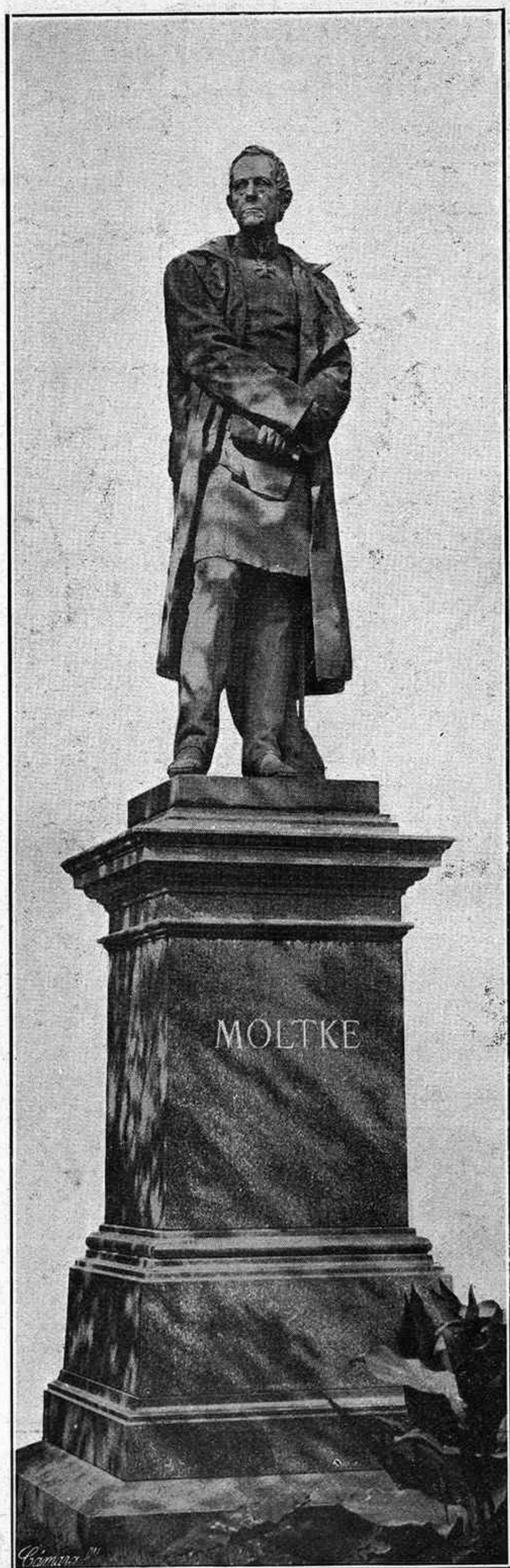
ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

PEDAGOGIA DE LA GUERRA

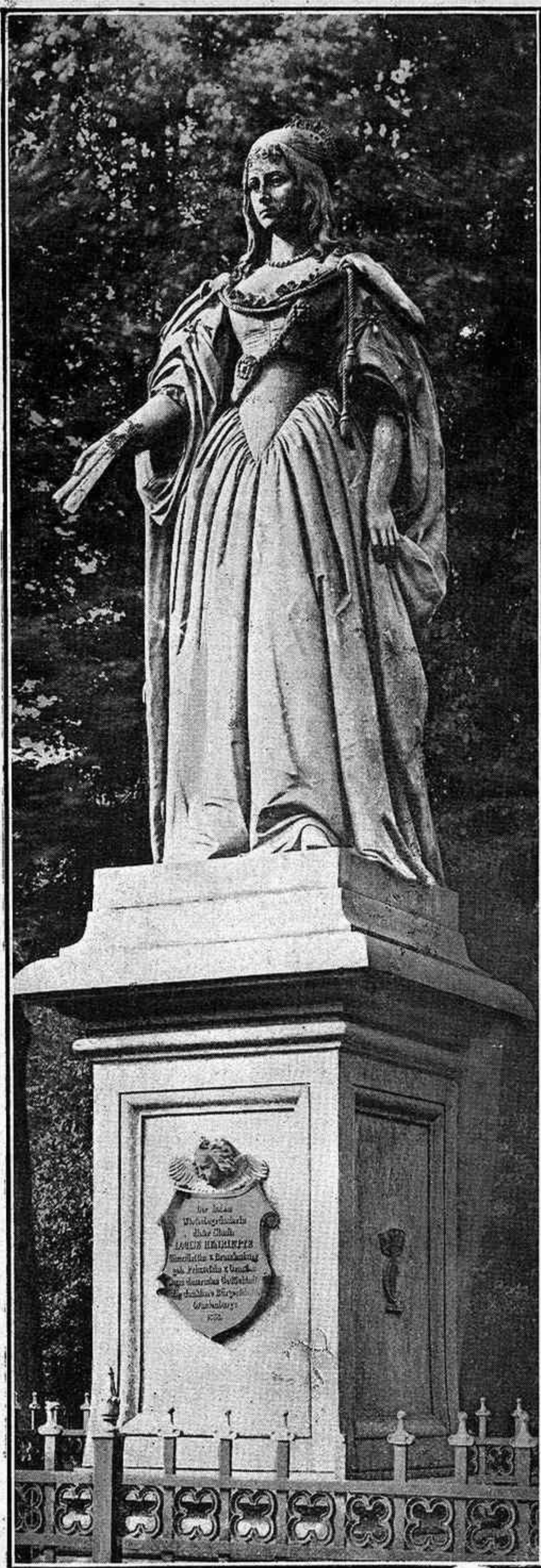
Dijo Bismarck que Alemania debía al maestro de escuela su victoria en la guerra franco-prusiana. Ya alguien ha escrito, pensando en germano, que si vence Alemania en la actual contienda deberá su triunfo a la Universidad, y antes de ahora este pensamiento bismarckiano, en que la cultura y la fuerza se ofrecen unidas, ha sido utilizado muchas veces por cuantos en el Parlamento, en la prensa y en los mítines piden que no se tase el dinero que gasta el Estado en Instrucción pública. Hay un error, sin duda, en la interpretación de la frase que se atribuye a Bismarck. No venció Prusia porque sus maestros hubiesen dado a aquel pueblo un alto grado de cultura, sino porque en las escuelas se había secundado la política que desde fines del siglo XVIII inician los reyes prusianos, espolcados por Napoleón, azuzados por Rusia, por Austria, cercados de enemigos, amenazados de muerte. Ya en esa fecha se dice de Prusia que es «la escuela de la hidalguía y del militarismo.» Pudo decirse que era un pueblo en el que el instinto de

tedras, amparador de sabios, organizador de empresas de difusión de cultura; Federico Guillermo IV mantiene la tradición militar y al mismo tiempo es un apasionado cultivador de las Bellas Artes, un arqueólogo, restaurador de antiguos monumentos.

Poseído de este espíritu, la pedagogía alemana crea el ambiente singular que da a la nación entera ese aspecto de disciplina, de método, de sometimiento de voluntades, de automatismo que sus enemigos le reprochan. El niño aprende en la escuela, no sólo que será soldado, sino cómo debe serlo, y cómo la vida de su patria depende de que él sea un buen soldado; el niño aprende en la escuela que hay una religión humana, que debe profesar con tanta fe, con tanta adoración como se profesa la religión divina, y aquella religión es la de los grandes hombres que hicieron a su patria grande. El niño aprende en la escuela los nombres de los héroes, de los esforzados capitanes, de los hábiles diplomáticos y de los reyes que en un siglo transformaron aquel enor-



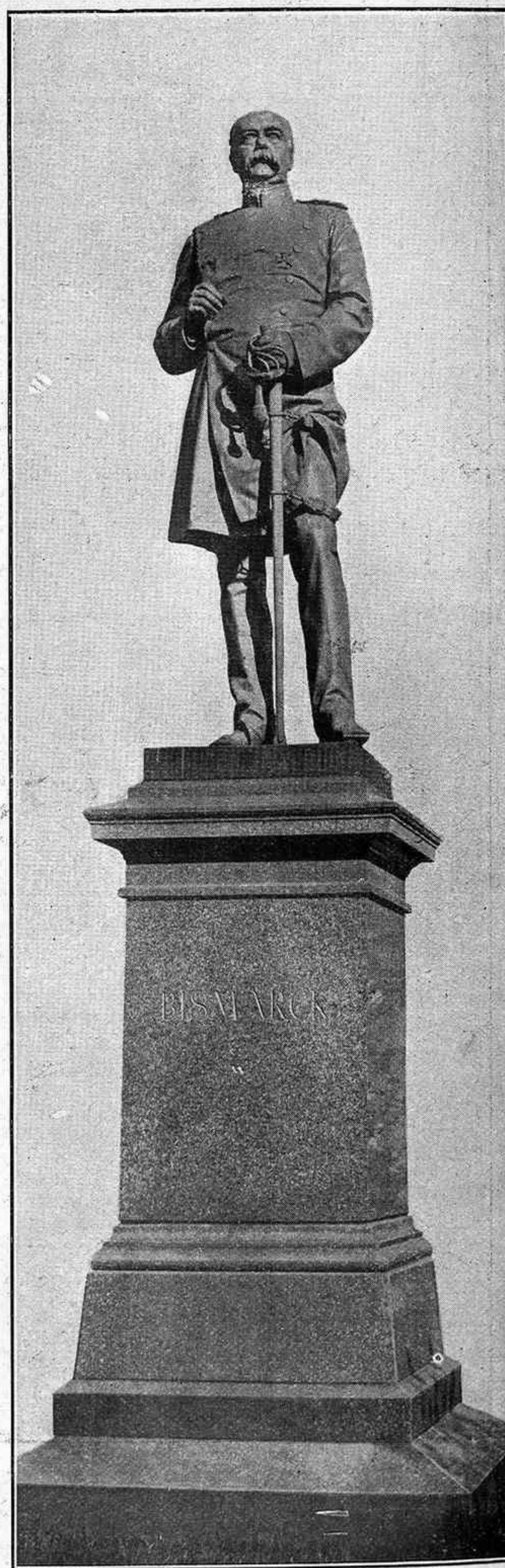
Estatua del general Moltke, en Colonia, esculpida por F. Schaper



Estatua de Luisa Enriqueta de Brandeburg, esculpida por Wilh Wolf

conservación era pensamiento y acción. Este afán de vivir, este intenso sentir la necesidad de vivir, explica toda la historia contemporánea de Alemania y justifica su rápido engrandecimiento.

Se crea una pedagogía de la guerra. Los maestros del tiempo de Federico Guillermo III y aun los de Guillermo I, antes del 1870, no estaban espléndidamente pagados, ni disponían de locales fastuosos, ni conocían los *kindergarten*, donde los niños juegan, ni Froebel adiestraba aun los dedos de los párvulos creando con sus trabajos manuales las generaciones de hábiles obreros que han enriquecido a la nación. Pero el maestro prusiano se siente poseído del espíritu de Federico el Grande, y sabe que su misión no se reduce a enseñar a la chiquillería a leer, escribir, contar y rezar, mejor ó peor, sino que su gran obra es preparar ciudadanos capaces para la guerra. Jamás la espada y la pluma tienen en la Historia una mayor compenetración, una fusión tan íntima. Federico el Grande, el amigo de Voltaire, es filósofo, poeta y militar; es economista y sociólogo; Federico Guillermo III, que decidió la batalla de Waterloo y acabó con la grandeza de Napoleón, es un universitario, creador de cá-



Estatua de Bismarck, erigida en Colonia, esculpida por F. Schaper

ALEMANIA Y SUS HEROES

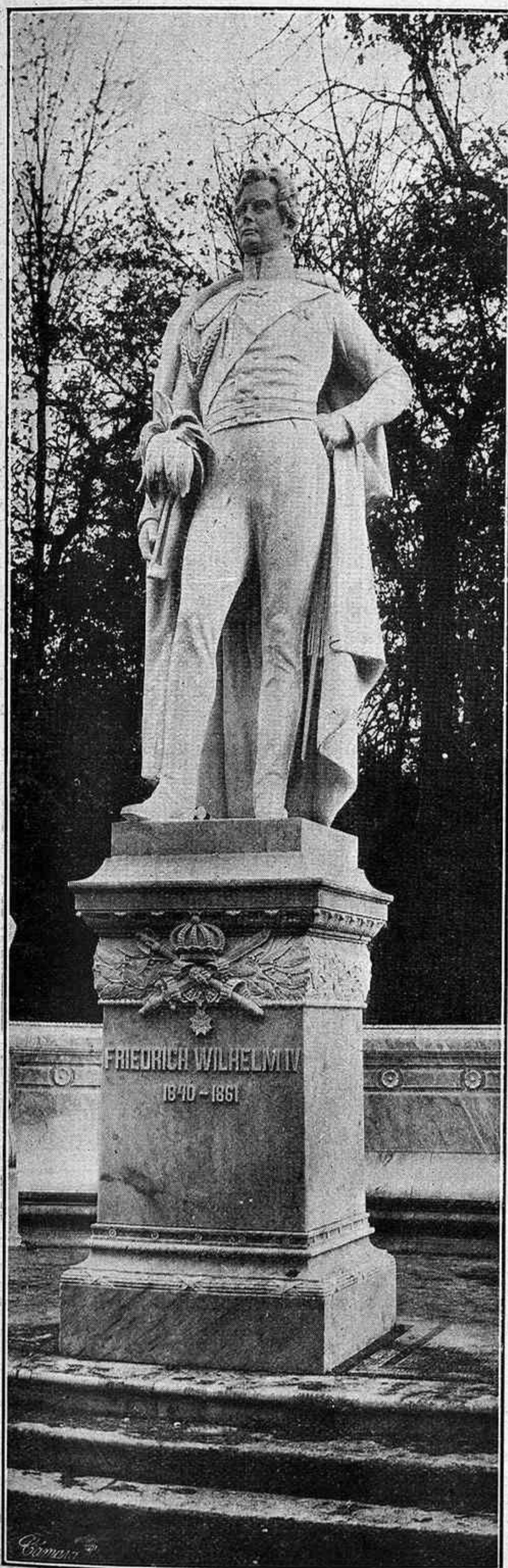
me conglomerado de reinecillos, principados y ducados de la Europa Central, en la actual Alemania poderosa, y ama estos nombres y toma aquellas vidas ejemplares por espejo de su propia vida. Así el alemán es soldado cuando llega a la Universidad y cuando entra en el cuartel. Esta pedagogía ha conquistado la vida social, se ha compenetrado con todas las organizaciones de la producción, con todos los medios de trabajo. El alemán sabe que cuando gana un jornal, cuando estudia, cuando escribe, cuando emigra, cuando inventa, cuando comercia trabaja para su patria, porque la patria si materialmente es el pedazo de tierra que se habita, espiritualmente es la suma de los esfuerzos de todos.

Así, esta religión humana alza profusamente estatuas a sus amados héroes y rara es la población que no tiene un Federico el Grande y un Bismarck, un Goethe y un Wagner, una Reina Luisa y un Moltke, un Guillermo I y un Kant. Esta religión humana, que convierte el recuerdo

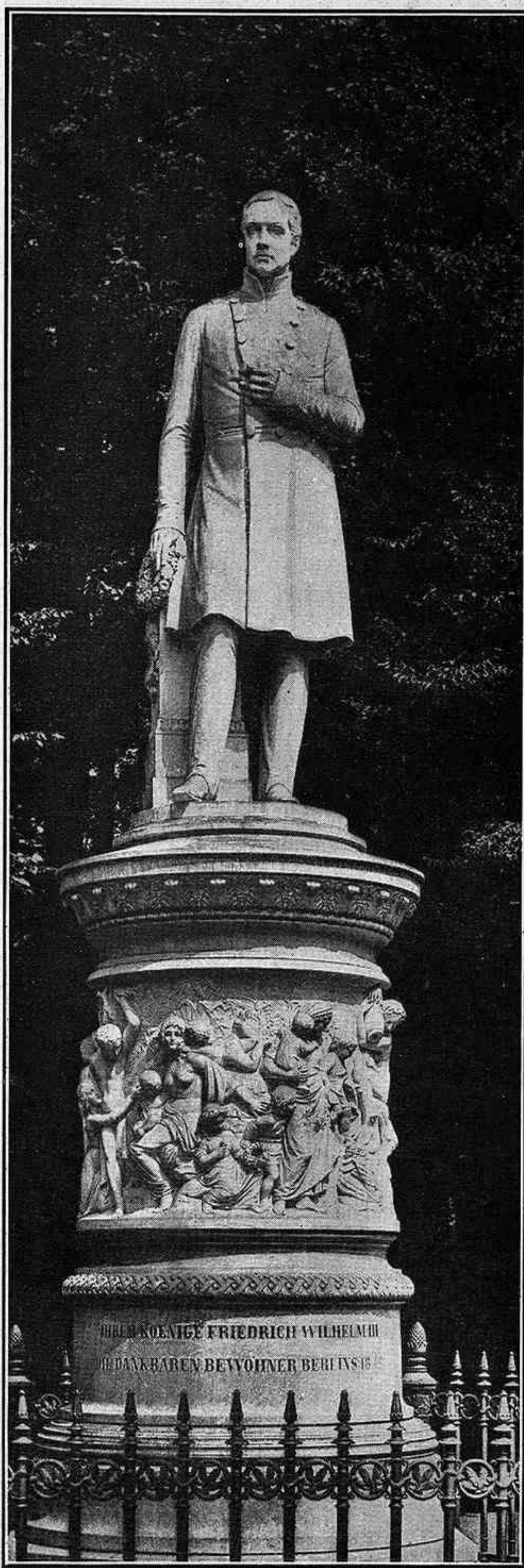
una patria grande, rica, fuerte, dominadora hasta que se ve poseído de ella como una emoción religiosa. Más tarde, en el cuartel, como un sacerdote que se siente acercado a los misterios del culto, el niño que en la escuela soñaba con igualar a Federico el Grande ó a Moltke y verse en las memorias de la posteridad adorado como ellos, advierte que para ser héroe no hace falta más que tener un corazón y una espada. Y, al fin, cuando crea un hogar, cuando tiene hijos, cuando envejece, como el creyente de la religión divina, se creería un réprobo si no incrustara su religión humana, su fe en la patria, en el alma de los suyos.

No fué, pues, el maestro de escuela quien hizo la nación vencedora en 1870; fué el instinto de conservación que ha vivificado á estos pueblos, que borró de ellos añejos rencores y los unió en una sola fuerza. El instinto de conservación convertido en pensamiento y en acción de toda una raza.

DIONISIO PÉREZ



Estatua de Federico Guillermo IV, en Berlín, esculpida por Carl Begas

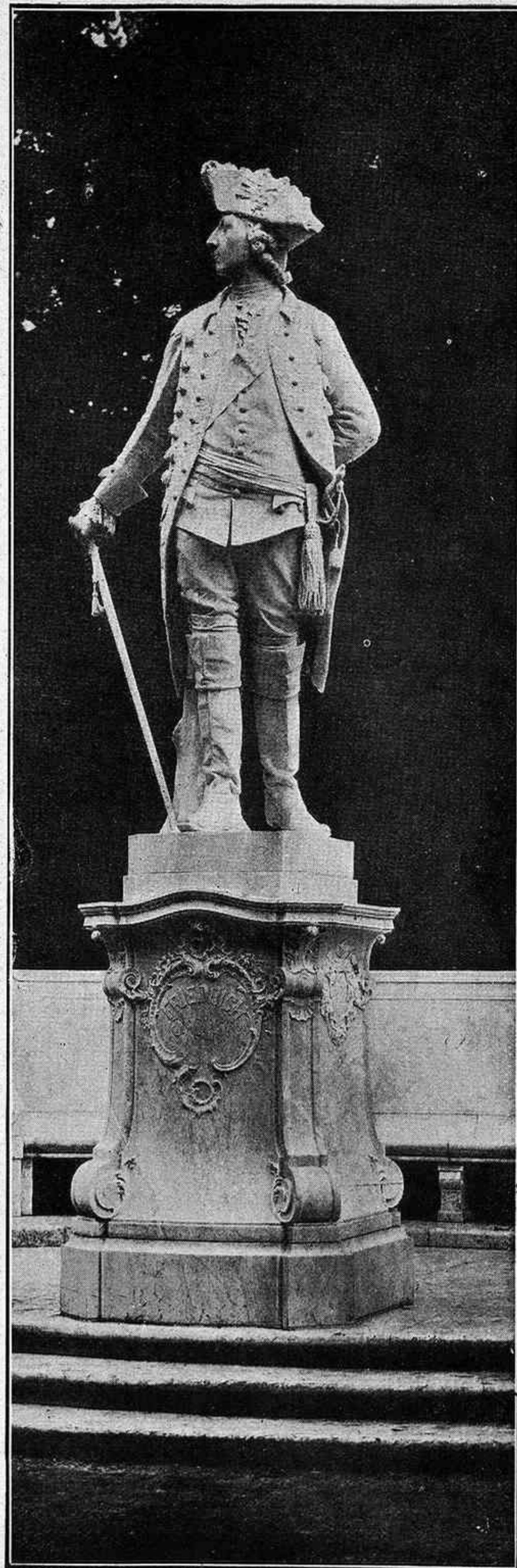


Estatua de Federico Guillermo III, en Berlín, esculpida por Drake

de los grandes hombres en semidioses, religión en la que resucita el espíritu de Grecia y de Roma, religión que en vano predicó Comte a los franceses, es la fuerza impulsiva más poderosa que puede darse a una nación, como lo fuera antaño la fe cristiana ó la mahometana.

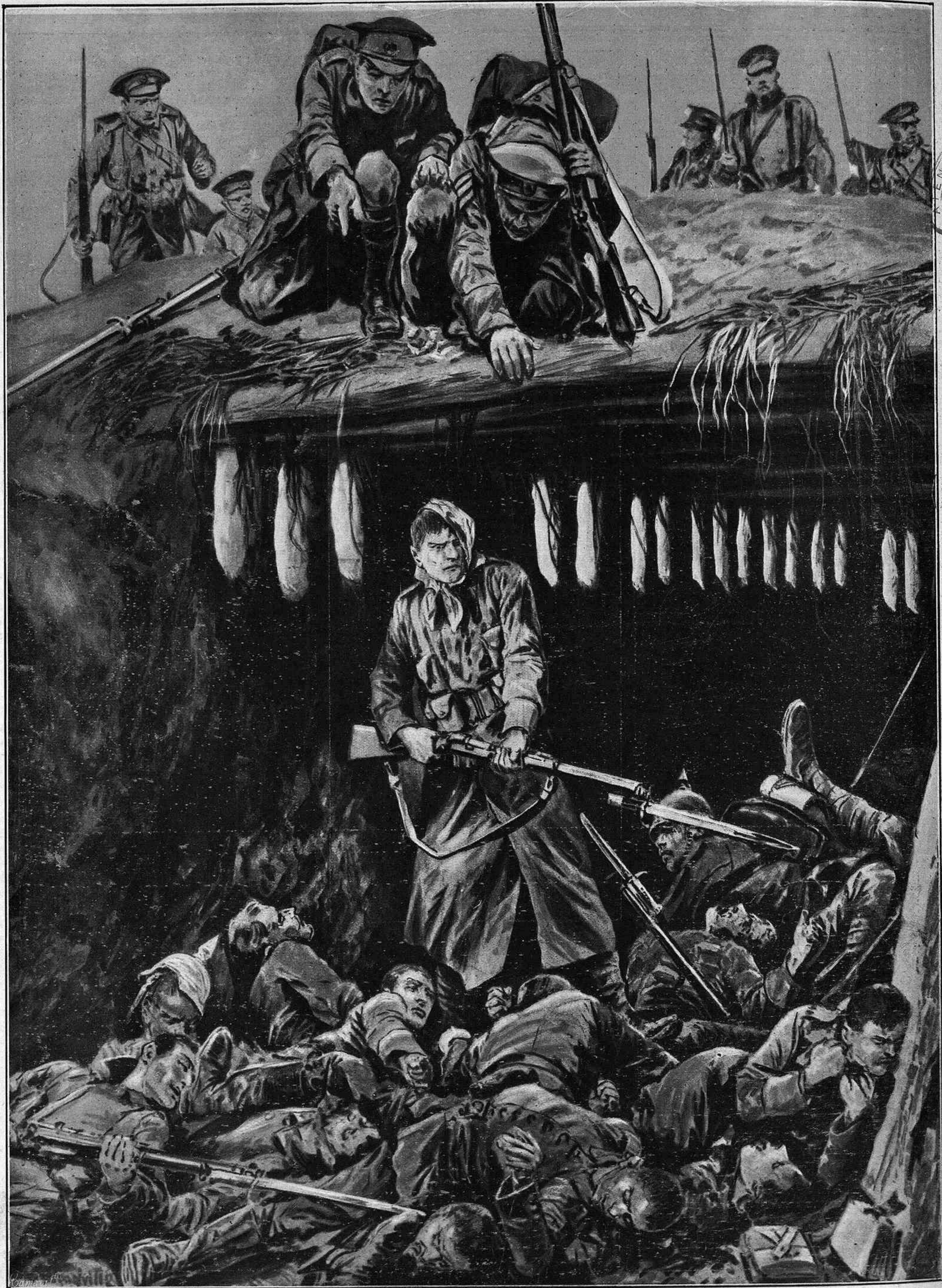
El amor patrio, así educado, así engendrado en la escuela, así trasplantado al hogar, llega a las lindes del fanatismo. Por él se mata y se muere y por bárbaro que sea, forzoso es reconocer que la guerra es eso: matar y morir.

Esta es la pedagogía de la guerra, que ya dió frutos de abundancia en las horas de la paz, y ahora dalos de desolación en los horrores de la guerra. Antes de ir a la escuela, el niño ha conocido ya, en el hogar y en la calle, a los héroes de las epopeyas pasadas, cuyos retratos y estatuas están en todas partes, y sus oídos han escuchado, como leyendas de titanes, las relaciones de los hechos esforzados que realizaron. En la escuela, luego, no solo se le hace aprender, saber bien, esos fragmentos de la historia nacional, sino que se le hace sentir el orgullo de tener en sus venas sangre heredera de la sangre de los héroes, y se le inculca la ambición insaciada de



Estatua de Federico el Grande, en Berlín, esculpida por Joseph Uphnes

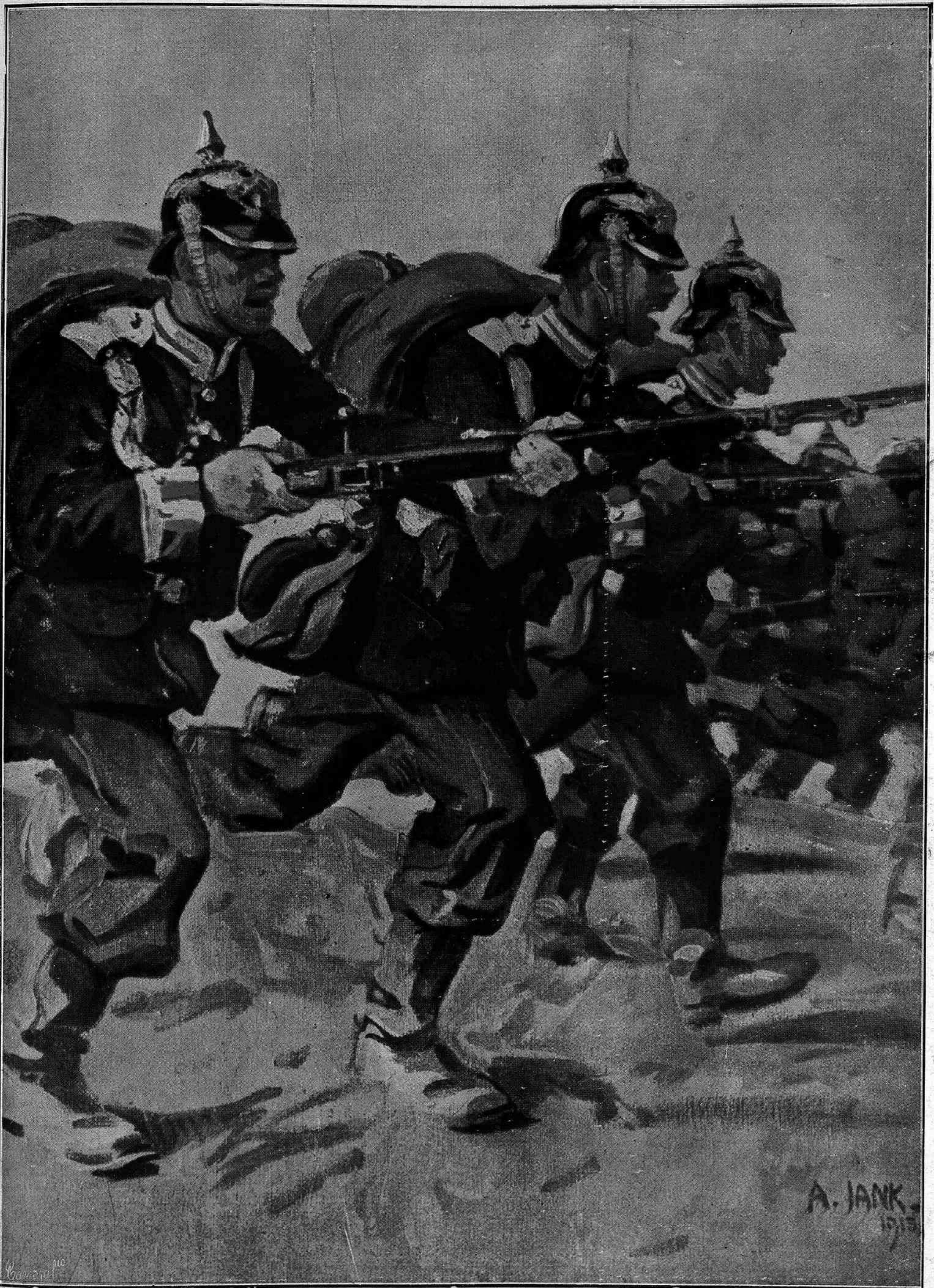
LOS HORRORES DE LA GUERRA MODERNA



BIBLIOTECA
MADRID

TRÁGICO ASPECTO DE UNA TRINCHERA TOMADA POR LOS ALIADOS EN LAS LÍNEAS DE FLANDES A LOS ALEMANES

DEL EJÉRCITO ALEMÁN

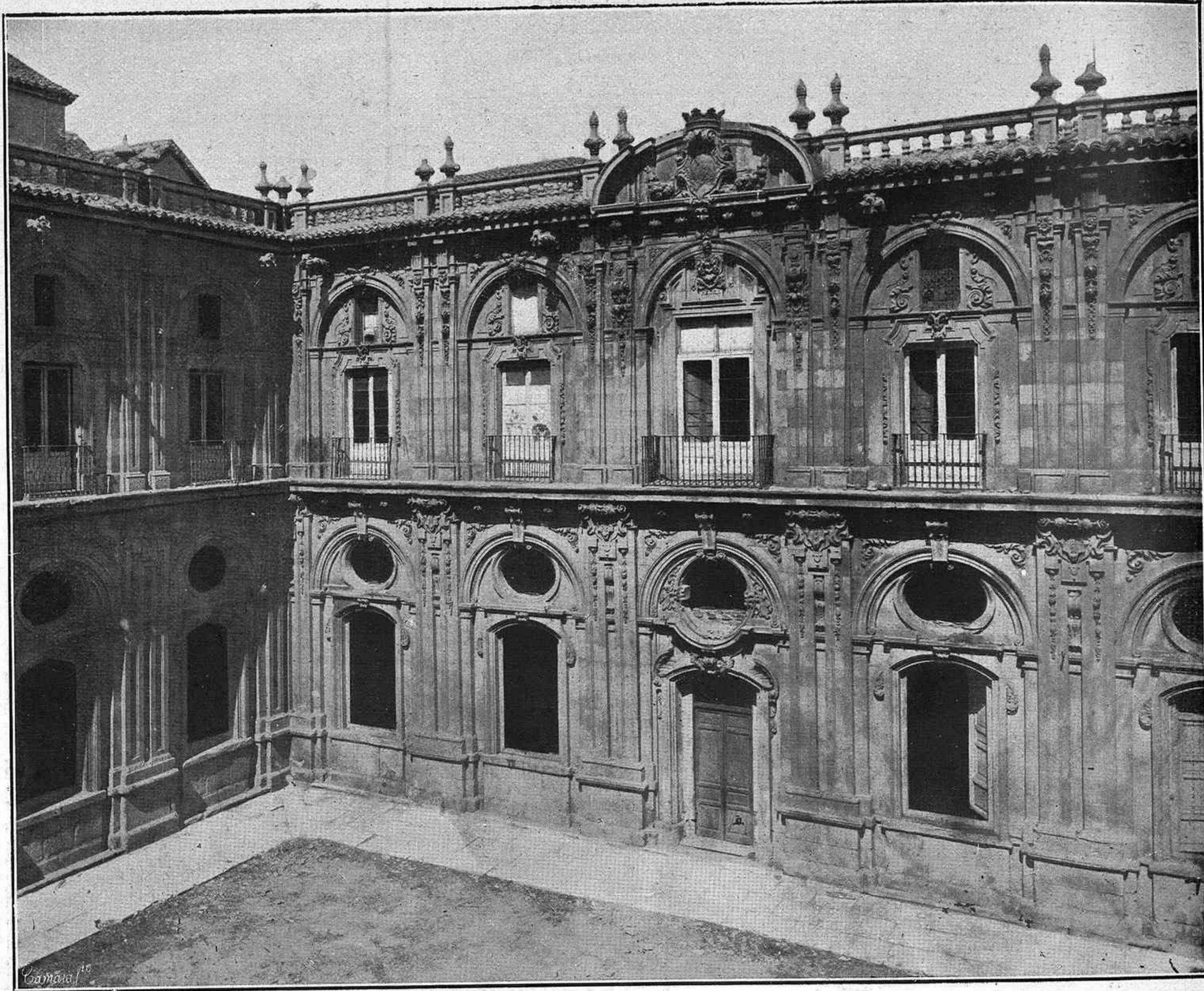


GENEALOGICO DE
BIBLIOTECA
MADRID

SOLDADOS DEL PRIMER REGIMIENTO DE LA GUARDIA PRUSIANA, DANDO UNA CARGA A LA BAYONETA EN SAINT-MIHIEL
(DIBUJO DE A. JANK)

MIRANDO AL PASADO

LA CASA DE PREDICADORES



Claustro del convento de Santo Tomás, conocido en Madrid por la Casa de Predicadores

EN el arrabal que se extendía parte arriba de las lagunas de Luján, como íbase desde la cárcel de Corte al convento de la Trinidad, un viñedo que pertenecía á Fuencarral, enlazábase con un paseo de álamos que llevaba al santuario de Atocha. Y en su promedio, junto al espartizal donde pacía el ganado, alzábase la ermita de Santa Cruz, base de la Casa de Predicadores, que hoy vamos á reseñar, en este resurgir artístico, de un Madrid desaparecido.

Diego de Chaves, confesor de Felipe II, allá por el año de 1583, fundó la iglesia de Santo Tomás sobre el terreno que recogió los escombros de la primitiva ermita y que es ese mismo donde se levanta la encarnada y arrogante torre de Santa Cruz. Aquel templo se incendió vorazmente. Restaurado que fué, corriendo el tiempo, la cúpula se desplomó y mató á un centenar de personas.

Con limosnas y donativos, aparte de la protección prestada por el Conde-Duque de Olivares, los religiosos de Atocha—que no eran ni más ni menos que dominicos del orden de Santo Tomás—, construyeron la Casa de Predicadores, así llamada porque de ella salieron muchos y muy eminentes, teniendo su origen en un magno congreso de superiores de todas las religiones y de los frailes más ancianos.

Púsose la primera piedra en el año 1655. Al urbanizarse, con tal motivo, el caserío rural, se construyeron hospitales, conventos y casas particulares, desapareciendo los álamos y el viñedo para formar la actual calle de Atocha.

Famosa é interesante, en todos conceptos, era la Casa de Predicadores. La obra de su portada llevaronla á cabo los hijos de Churriguera, quienes supieron dejar bien sentado el sello personalísimo del padre. Más mérito tenía el claustro, amplio y lucido, en el que el arquitecto Donoso puso las mejores bellezas del arte plateresco.

Por las primorosas galerías, modelo de ejecución, meditaban los monjes dominicos que tantos y tan curiosos libros habíanse traído de la casa monacal, que sus hermanos poseían en Las Navas del Marqués; viejos volúmenes que enriquecieron la confortable biblioteca que de modo tan esmerado sabían cuidar los frailes de Santo Tomás. La casualidad ha hecho llegar á nuestras manos uno de los libros mohosos que hoy nadie, ni aun los mismos frailes si vivieran, puede entender. Tiene, en el anverso, este resto de inscripción: «...generales de los Dominicos—XII—número 25». Y en el reverso manuscrito: «Genaro de Segovia. Ha fin de 1804... 325, 18. De 1803 deve 323. Fr. Pablo».

La Casa de Predicadores tuvo establecidas cátedras públicas de Filosofía y Teología escolástica y moral. Se celebraba en ella la función religiosa de mayor pompa y solemnidad que conocía la villa, correspondiente al día de la Octava de Pascua de Resurrección. De allí salía la procesión la tarde del Viernes Santo. Y de allí también la trágica y aparatosa comitiva de los autos de fe, con las cruces del Santo Oficio.

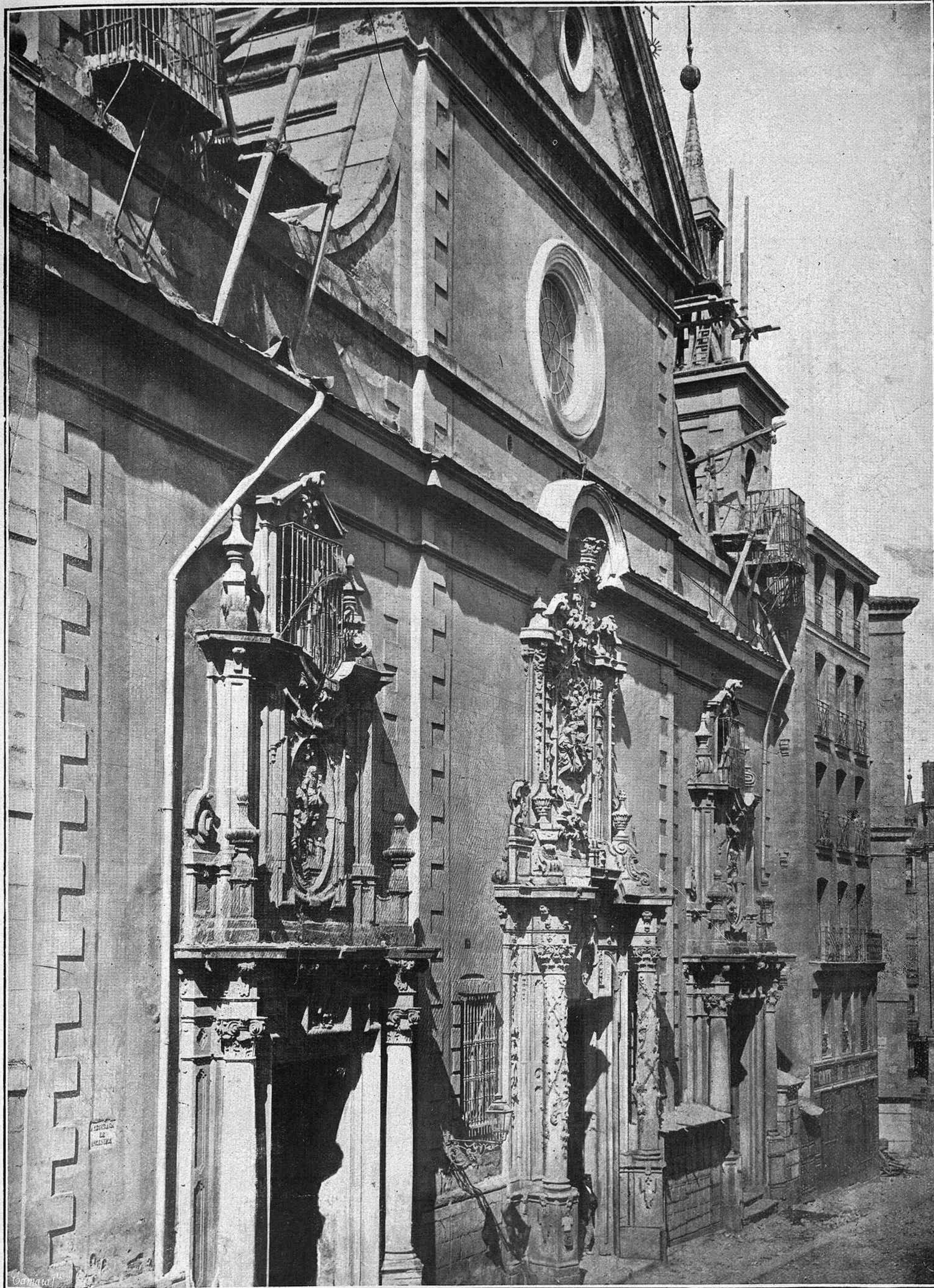
Merced al legado que dejaron el licenciado Santo Domingo y su esposa doña Ana de Arteaga, se mejoró la situación de esta santa casa. Consistía aquél en cuatrocientos ducados y varias casas existentes junto á San Salvador, imponiendo á los religiosos la obligación de leer todos los días una lección de Teología y celebrar ciertos aniversarios. Al legado se añadió la renta que producía el monasterio de San Pedro de las Dueñas, en Avila.

A la extinción de los monjes, en 1826, la biblioteca sirvió de cárcel al general don Diego de León, Conde de Belascoain. Posteriormente, estuvieron instalados en este edificio, el Ateneo y la célebre Sociedad Landaburiana, convirtiéndose después en cuartel de la Milicia Nacional, de la cual, diez soldados se sublevaron contra los franceses, y reducidos á prisión fueron fusilados.

El convento se habilitó para las dependencias del Ministerio de la Guerra y últimamente para las de Capitanía General, hasta que otro incendio lo destruyó por completo, quedando imborrable recuerdo en la memoria de nuestros padres, de la espantosa humareda que envolvió á Madrid entero, el aciago día 13 de Abril de 1875, cuando las llamas reducían á cenizas la Casa de Predicadores, el simpático rincón que se iba para siempre, como se fueron ellos, como tristemente se va todo en la vida.

ANTONIO VELASCO ZAZO

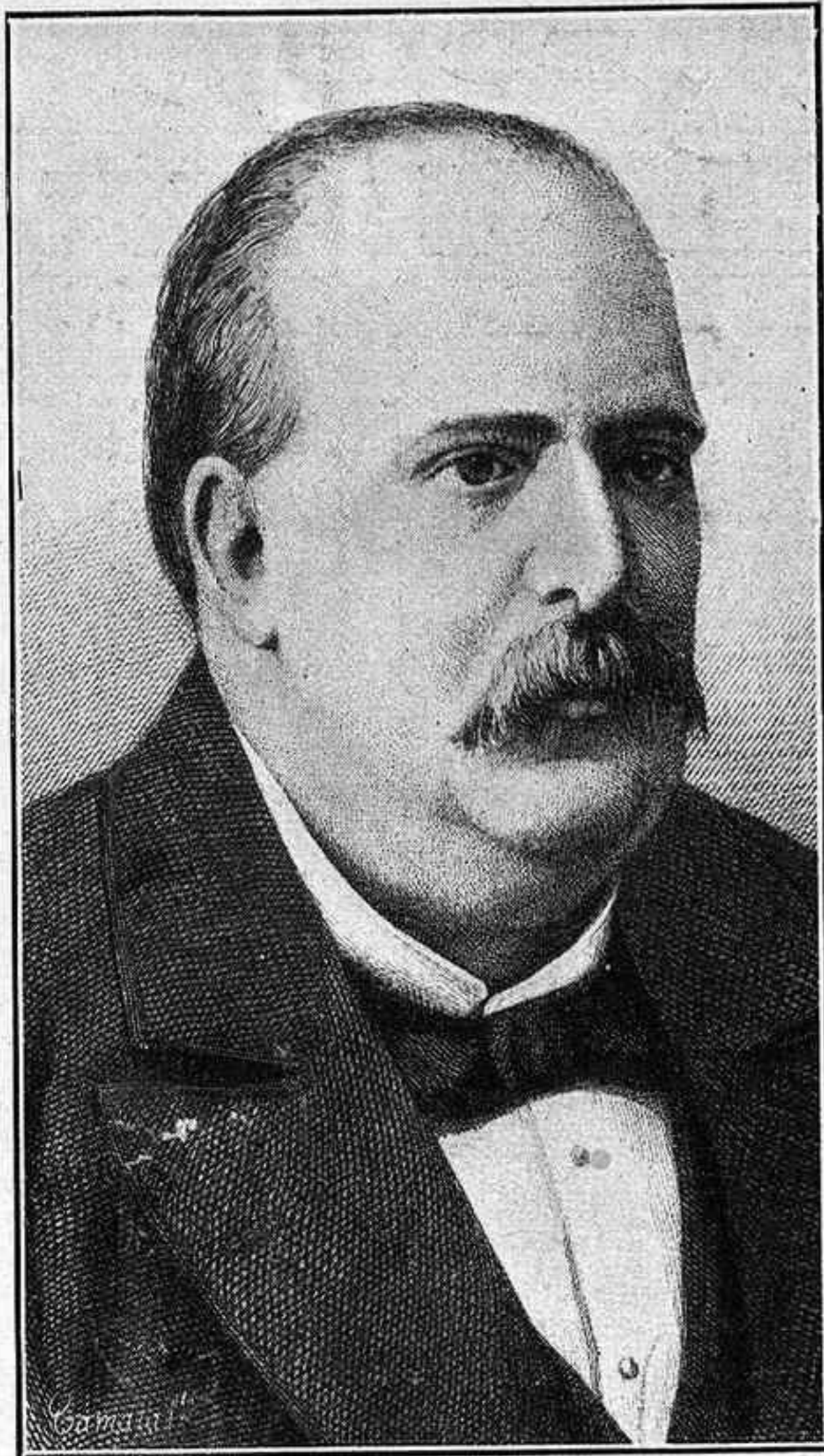
DEL MADRID DESAPARECIDO



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS "LA CASA DE PREDICADORES" QUE EXISTIÓ EN LA CALLE DE ATOCHA EN EL MISMO SOLAR DONDE SE ALZA LA IGLESIA DE SANTA CRUZ

LOS
QUE FUERON

NARCISO SERRA



NARCISO SERRA

HAY que empezar esta semblanza con una rectificación. El famoso poeta dramático cuyo nombre encabeza estas líneas, no se llamó así legalmente, como puede verse en los archivos de la parroquia de San Ginés de esta Corte, donde fué bautizado con el nombre de Narciso Saenz-Díez Serra. Sin duda, por ser breve suprimió el apellido paterno. Lo mismo hizo Luis Martínez Eguílaz. Parece como que los autores de aquella época tenían marcada predilección por sus madres, tal vez por que la Gloria y la Fortuna tienen nombre de mujer...

Narciso Serra (así le llamaremos, puesto que él quiso llamarse así) tuvo entre otros dones privilegiados, el de la fecundidad; y aunque desde muy joven empezó a escribir para el teatro, su vida de autor fué corta relativamente, y pasó por la amargura que tan magistralmente describe Joaquín Dicenta en su hermoso drama *Sobrevivirse*. La historia del protagonista de esta obra es en todo semejante a la del insigne autor de *Don Tomás*. Serra, á causa de sus padecimientos, dejó de producir mucho antes de su muerte; cayó en el olvido, y las empresas que tanto dinero habían ganado con sus obras, rechazaron las últimas que escribió y quiso estrenar el doliente poeta. Pero, no precipitemos los sucesos, como dicen los novelistas por entregas.

Narciso Serra nació el 24 de Febrero de 1850, y ya queda dicho que en esta Villa y Corte. «A los siete años (dice uno de sus biógrafos) recibía versos en el Liceo: de los quince á los diez y siete, intentaba, y no conseguía, seguir carrera en el colegio general militar: era desaplicado, y aprovechó una creencia, entonces muy en boga, que negaba á los hombres de imaginación aptitud para el estudio de las matemáticas.»

En vista de que por desaplicado, no pudo por el pronto ser militar, se metió á cómico. Coincidió esta determinación con el estreno de su primera obra, *Mi mamá*, que se verificó en el teatro de la Cruz, con éxito excelente. Contaba entonces dieciocho años y hasta los veinticuatro, es decir, desde el 48 al 54, fué autor y actor alternativamente. Cuenta la crónica que «era un actor algo menos que mediano, á lo cual contribuía en parte su sordera.»

Su segunda comedia, *La Boda de Quevedo*, romántica y sentimental, gustó más que la primera y le abrió de par en par las puertas de los teatros.

Llegó el célebre pronunciamiento de Vicálvaro, y Narciso Serra, más por espíritu aventurero que por sus ideas liberales (que nunca profesó), se unió á los generales condenados á muerte (de los cuales era amigo particular) y, cuando triunfaron, entró en Madrid con ellos como jefe de una escolta. Obtuvo de golpe y porrazo, sin previo examen, el grado de oficial de coraceros y fué destinado al regimiento de Borbón. Excusa-

do es decir que, para bien del arte dramático, en cuanto fué militar dejó de ser cómico.

Durante ocho años, «los más fecundos de su vida y los más desarreglados», campó por sus respetos y realizó toda suerte de locuras. Era jugador encarnizado, demasíadamente mujeriego é incansable *juerguista*. «Su talento y sus relaciones (dice Fernández Bremón) le daban cierta impunidad para sus faltas de conducta y de servicio, que eran proverbiales. Su nombre de poeta, su figura, su uniforme, su gracia y sus triunfos teatrales, le concedían cierto prestigio en el mundo del amor fácil.»

Al objeto de ver si sentaba la cabeza, lo trasladaron de guarnición; pero él, temiendo dar con un coronel ordenancista y no queriendo, por otra parte, salir de Madrid, pidió la licencia absoluta. Inmediatamente fué nombrado auxiliar del Ministerio de la Gobernación. Desempeñando este destino, sufrió un terrible ataque de parálisis é imposibilitado de salir de su casa, se le nombró en 1864 Censor de teatros, cargo que ejerció hasta que la censura fué suprimida por la revolución de Septiembre de 1868.

Terminó, pues, su carrera de autor dramático antes de cumplir treinta y seis años, y la ejerció en la plenitud de sus facultades catorce ó quince. En ese tiempo, entre dramas, comedias y zarzuelas, produjo, según una nota que tengo á la vista, cuarenta obras, muchas de ellas de mérito superior. Las más notables, á mi juicio, son: *Don Tomás*, *Luz y sombra*, *El reloj de San Plácido*, *La calle de la Montera*, *El loco de la guardilla*, *El amor y la Gaceta*, *El querer y el rascar* y *A la puerta del cuartel*. Tiene además dos juguetes, verdaderos modelos de lo que ahora se llama género chico: *El último mono* y *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, que son un encanto, un derroche de gracia y de ingenio.

Escribió sus obras rápidamente, siempre apremiado por la necesidad, por lo cual puede decirse que fueron improvisaciones y que fué un autor malogrado, no sólo porque para las letras murió joven, sino también por la forma en que tuvo que producir. A Serra hay que juzgarle por lo que hizo y por lo que pudo hacer, de haber llevado una existencia metódica y ordenada y de no haberle sorprendido la parálisis en lo mejor de su edad. Aun así, puede codearse con los primeros y deja una labor importantísima por la cantidad y por la calidad. Se cree que en días de graves apuros escribió algunas obras que no llevan su firma... y que firmaron otros.

Menos correcto que Bretón, le aventaja en espontaneidad, en gracia y en galanura, siendo desde luego más flexible y más amplio. Como dialoguista ha sido incomparable y en las llamadas comedias de claro-oscuro, agrídulces mejor dicho, no ha habido quien le supere, ni siquiera quien le iguale. En la creación de tipos y caracteres, tampoco ha tenido rival. El asistente del *Don Tomás* ha sido el modelo, el patrón obligado de todos los asistentes andaluces que desde entonces se han escrito, y con otros tipos suyos ocurre lo propio.

Este hombre, que un tiempo fué el rey de los teatros y el ídolo de las empresas, se vió luego desdeñado por éstas, como queda anotado; él mismo lo dice en el prólogo de su libro *Leyendas, cuentos y poesías*, publicado en 1876:

«Me cierra sus puertas el teatro: llamo á las del público. Para que me las franquee benévolo, no estará demás recordarle que el que se presenta con este librejo en la mano, es autor de obras que todavía se sostienen en la escena española, y eso que faltan ya los principales actores que en otro tiempo les dieron vida, les dieron alma: don Julián Romea, don Joaquín Arjona, don Antonio Guzmán, don Francisco Salas, etc.: sucesores les quedan: bien que no falta quien diga que no son bastantes ni equivalentes. De mí, que soy ya sucesor de mí mismo, quizás se pueda decir otro tanto; pero ¡válgame Dios! algo quedará todavía en el que soy, del otro que fué.»

Desgraciadamente no quedaba nada, como pudo comprobarse en el estreno de *El gran día*, la más endeble de sus producciones y última que dió al teatro, estando ya enfermo, en 1875: se la dedicó á don Eleuterio Maisonave, y éste pagó la fineza enviándole una credencial, únicamente para que cobrase, pues ya se sabe que el pobre inválido no podía salir de su casa. Al morir la República, fué declarado cesante.

Además de sus comedias, Serra escribió muchas poesías sueltas, cuentos, epigramas y sem-

blanzas de actores: he aquí, como muestra, algunas de estas últimas:

«Estos del pelito rubio
á cualquiera se la dan:
Aguirre era ya galán
la víspera del diluvio.»

«Fernando, de oso y de río
tu nombre entero se fragua:
de modo que hasta en el agua
haces el oso, hijo mío.»

«Boldún, pedazo de atún,
haragán de profesión,
tú debieras ser baldón
en lugar de ser Boldún.»

Es lástima que no se hayan coleccionado los innumerables rasgos de ingenio que andan desperdigados en los periódicos de su época. Como improvisador no tuvo rival. En cierta ocasión le citaron á juicio, por deudas (lo que le ocurría cada lunes y cada martes), y llevó de hombre bueno á Camprodón, el famoso autor de *Flor de un día*. Con gran estupefacción de los circunstantes, el hombre bueno se *arrancó* con una catilinaria feroz contra su amigo: dijo que no pagaba por que no quería; que era un jugador, un mala cabeza, un *pérdís*, un borracho, un...

Cuando más enfascado estaba en su diatriba, le atajó Serra con estos versos:

«Camprodón, me has dado un palo
con ese discurso ameno:
yo te traje de hombre bueno
y me has salido hombre malo.»

Como Censor de teatros también se singularizó: no se limitaba á decir si podían ó no representarse las obras que examinaba, sino que se permitía, además, opinar acerca del mérito ó demérito de las mismas. Véase como prueba, el decreto que estampó al pie de *La levita*, de Enrique Gaspar:

«Examinada esta comedia (muy bonita, corrigiendo el final, que es malo), no hallo inconveniente en que su representación se autorice.»

Pronto se sacó la espina el autor. Al imprimir su comedia, escribió lo siguiente á continuación del decreto:

«Doy las más expresivas gracias al señor Serra por su dictamen sobre mi obra, que respeto en todo lo que vale cuanto de su talento procede; pero como el egoísmo preside nuestras acciones, no puedo sentir, sino alegrarme, de que el público no haya opinado como él, por cuanto en el final precisamente, fui llamado tres veces á la escena con los actores que, dicho sea de paso, estuvieron inimitables.»

Acaso sea la única vez que, literariamente hablando, se haya equivocado el señor Serra, que cuenta sus obras por sus triunfos; pero esto no prueba más sino que:

«*Alicuando bonus dormitat Homerus.*»

La cogida era buena. Hay otro decreto de Serra que prueba que, ni aun estando enfermo, había perdido el buen humor. Cuando llegó á sus manos el enorme disparate *¡A la mar!* del poeta malo José Pascual y Torres, decretó:

«No hallo inconveniente en que se autorice la representación de esta obra,—si hay Empresa que se atreva á ponerla en escena.»

Se atrevió la Empresa del teatro Cervantes de Málaga y dió tres llenos formidables. Y no dió más por que el Gobernador prohibió las representaciones, temiendo que el autor fuera víctima del *entusiasmo* de los espectadores...

A principios del año 1877, el Conde de Toreno, siendo ministro de Fomento, envió á Narciso Serra una credencial de 20.000 reales: fué su último destino y le duró poco. En la noche del 26 de Septiembre del mismo año, cuando ya estaba completamente olvidado el insigne autor, circuló rápidamente por Madrid la noticia de su muerte. Entonces fueron las lamentaciones por el abandono en que se le había dejado durante tanto tiempo.

Hubo un recrudescimiento de entusiasmo y su entierro, por lo numeroso y por la calidad del concurso, fué de los que hacen época; y eso que el tiempo fué malísimo, llovió torrencialmente. Desde entonces pienso que se debe variar el dicho vulgar «llueve más que cuando enterraron á Zafra», sustituyéndolo por éste:

—Llueve más que cuando enterraron á Serra.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

GRANDES FIGURAS BRITÁNICAS

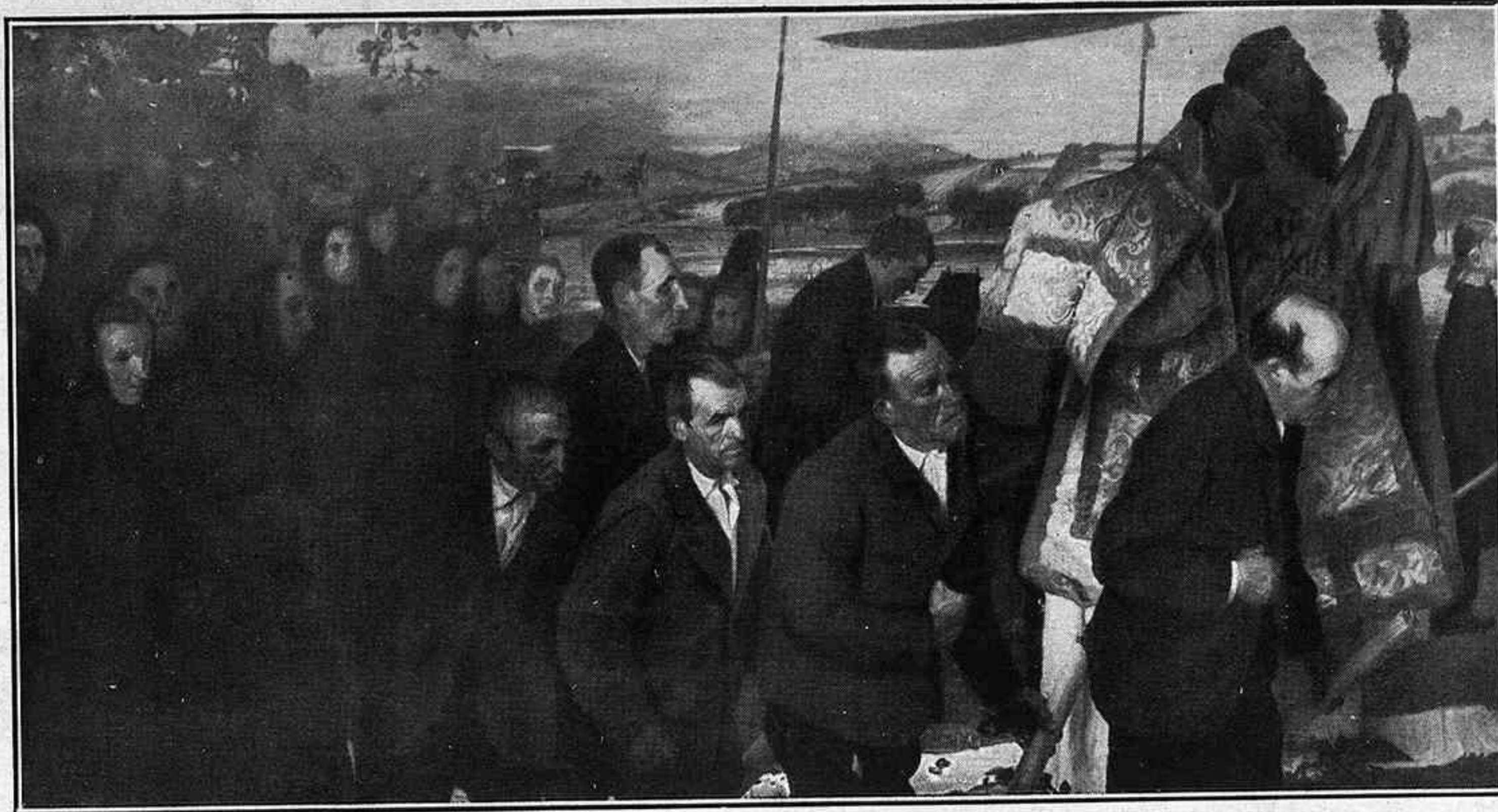


LORD ROBERTS

Generalísimo del Ejército de la Gran Bretaña y uno de los mayores prestigios militares ingleses, fallecido recientemente

BIEN DE
BIBLIOTECA
MADRID

SANTUARIOS ESPAÑOLES
EL SANTO CRISTO DE LEZO



“La procesión del Corpus en Lezo”.—Cuadro de Salaverria

EN los días de mayor afluencia de público, San Sebastián se despuebla por las tardes. Es un deseo de expansión muy lógico, un desquite necesario para compensar el hacinamiento de veraneantes en la hermosa ciudad donostiarra. Hemos contemplado el mar bajo un toldo atestado de gente. Dimos ya un par de vueltas por el bulevar al paso cansino á que nos obliga la enorme masa de forasteros que charlan con zumbido de colmena mientras la banda municipal toca. Tras la breve desbandada inevitable para comer, vuelve el enjambre á reunirse en la terraza de los cafés, donde se comentan las noticias del día y se forman los planes para la noche.

Después del café, se abre el paréntesis de calma. Desparrámase la multitud en busca de alguna distracción extramuros. Y unos suben á Igueldo ó á Ullía, mientras otros se dirigen á Martutene, ó se refugian en la nostálgica soledad de Hernani ó del valle de Loyola...

Pongamos que hoy hemos ido á Rentería. Las clásicas patatas fritas de Rentería hacen una energética llamada á nuestro deseo de merendar

gratamente, y hay que satisfacer esta imperiosa exigencia de nuestro sibiritismo. Porque es de advertir que la vida del veraneante en la bella Easo, se reduce á una no interrumpida deglución. Apenas ingerido el desayuno, hemos de tomar barquillos, percebes y cámbaros en la playa. El vermut se impone luego, para llegar con excelente disposición á la hora del almuerzo, al que sigue el café, y á poco, la merienda, que casi se empalma con la comida; y al salir del teatro ó del casino, nadie prescinde del inevitable piscolabis...

Estábamos caminando hacia Rentería. Hace calor, y el fresquecillo del tranvía en marcha nos produce una sensación de optimismo inenarrable. Marchamos hacia las patatas fritas con el entusiasmo del héroe que va camino de la gloria. Al bordear la anchurosa bahía de Pasajes, señalamos en lontananza la sombría casona que albergó á Víctor Hugo durante una de sus épocas de destierro. Y el optimismo de que estamos henchidos, no nos impide reconocer que el creador de Juan Valjean debió aburrirse de un modo lastimoso en aquel lugar, lejos de todo, á solas con su genio formidable. A no ser que le sedujesen los hechizos de alguna batelera...

¿Quién no ha oído hablar de las bateleras de Pasajes? Cuéntase que Felipe IV las vió en una de sus excursiones, y prendado de ellas y de la habilidad con que manejaban los frágiles esquifes, trajo á Madrid unas cuantas, que lucieron su destreza en el estanque del Retiro, y quedaron al servicio de las góndolas reales. Yo recuerdo haber visto, años ha, varios ejemplares de este tipo, hoy extinguido, de las bateleras de Pasajes. Y, con perdón del penúltimo de los Austrias, á quien siempre tuve por excelente catador de encantos femeniles, es lo cierto que no se me alcanza el fundamento de sus entusiasmos. Las bateleras que yo ví, eran rechonchas, desdentadas y viejas. Tan viejas, que acaso fuesen las mismas que tanto agradaron al rey galante, á mediados del siglo xvii. En Dios y en mi ánima, juro que jamás se me hubiese ocurrido la idea de traerlas á Madrid.

Ya llegamos á Rentería. ¡Oh, encanto singular de las patatas fritas, rociadas con sidra espumeante! Y he aquí que, en menos que lo pensamos, la sabrosa pitanza desaparece. «¡Cuán presto se va el placer!»—que dijo el bueno de Jorge Manrique. Aún es temprano para regresar. Alguien propone:

—¿Por qué no vamos á Lezo?

En marcha, pues. La tarde declina; el calor ha decaído y la brisa del mar viene, piadosa, á oearnos. La carretera, lisa y bien cuidada, invita al paseo. La distancia, además, es efímera. Pronto llegamos á Lezo, pintorescamente situado al pie del monte Jaizquivel. Las casas de sus tres únicas calles, son de piedra, y en las fachadas de casi todas hay escudos nobiliarios escul-

pidos, que datan de épocas remotas. En un altozano, como atalaya de la fe, la parroquia de San Juan Bautista destaca su negruzca mole.

Lo interesante en Lezo es la basílica del Santo Cristo, fundada por San León, Obispo de Bayona.

El templo actual, del siglo xvii, es de piedra sillar, de humilde traza, sin pretensiones artísticas ni alardes arquitectónicos. La devoción que la imagen inspira, es muy grande, y se revela en el crecido número de fieles que acuden á celebrar su romería. Aún cantan las jóvenes comarcanas la vieja copla:

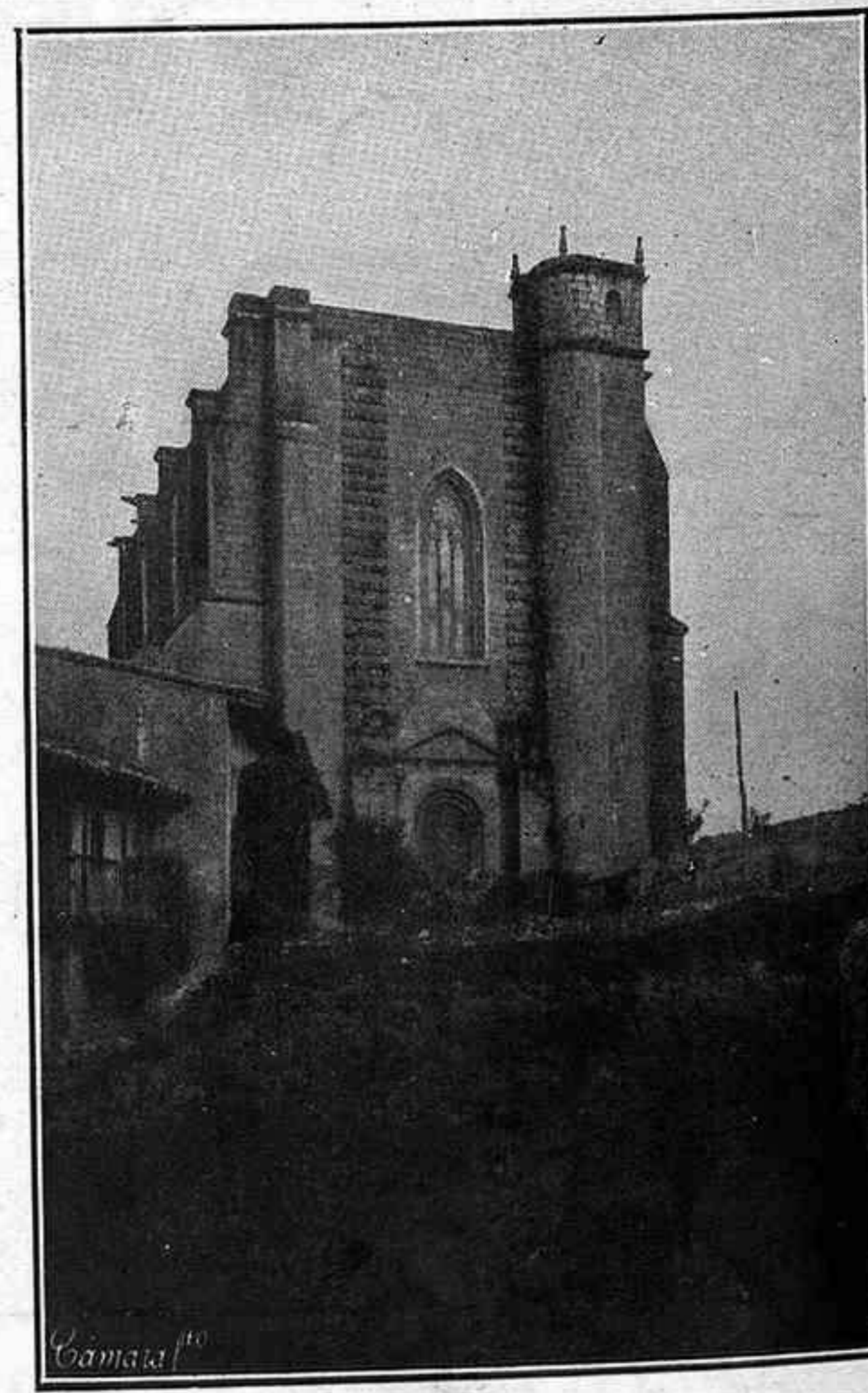
Santo Cristo de Lezo,
 tres cosas pido:
 salud, mucho dinero
 y un buen marido.

Conque ya lo sabéis, niñas gentiles que veraneáis en la hermosa ciudad donostiarra. Ningún trabajo os cuesta, después de haber merendado en Rentería, subir á Lezo, para rezar un credo al Cristo... y cantarle la copla... Por si acaso...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA



Basílica del Santo Cristo de Lezo



La iglesia parroquial de Lezo

ESPAÑA ANTE LA GUERRA

por DIONISIO PÉREZ

Un tomo de más de 200 páginas, en el que se incluyen los artículos publicados en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", por nuestro ilustre colaborador

PRECIO 2,50 PESETAS

Nuestros lectores y corresponsales pueden dirigir sus pedidos a la Administración de "Prensa Gráfica", Hermosilla, núm. 57

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

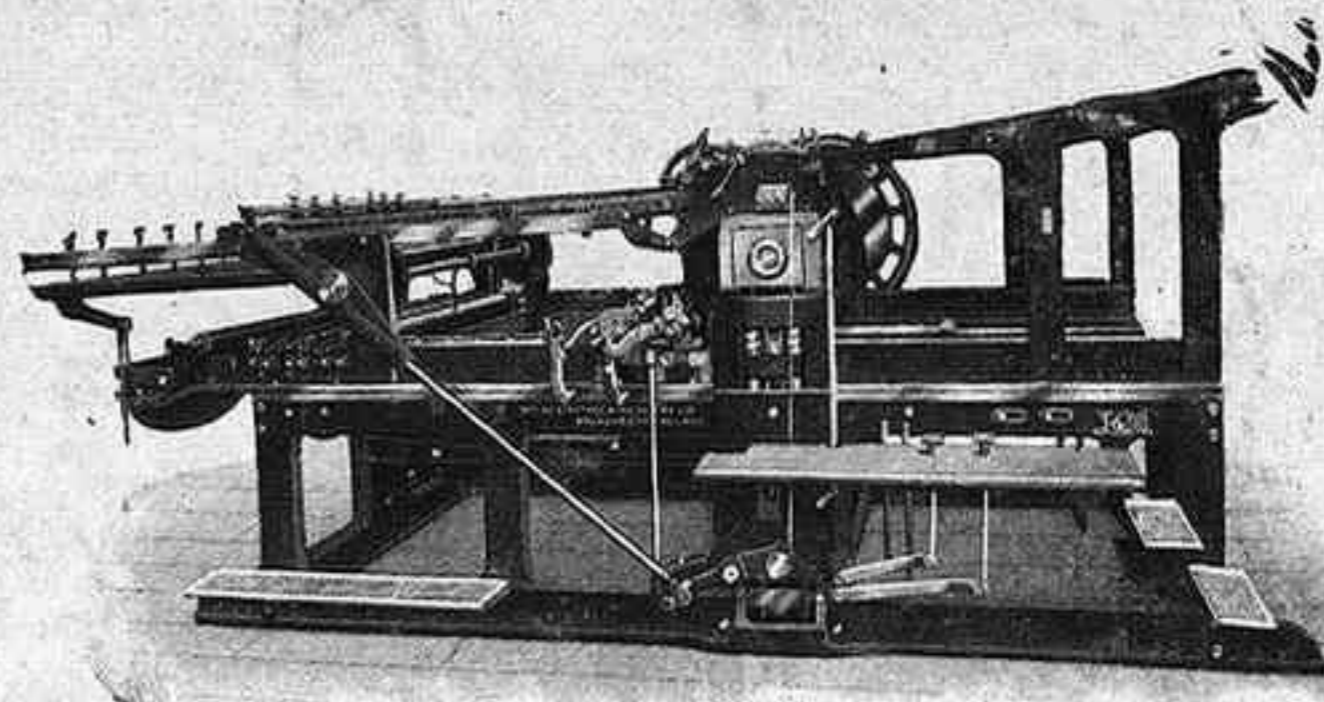
ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse a los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::::



LEM

Esta maquina de imprimir de cilindro de dos revoluciones, es la más perfecta que existe. Su empleo garantiza el éxito. Sirve lo mismo para el trabajo ordinario que para el más delicado. "La Esfera" se imprime en LEM



Entregas en plazo breve á pesar de la guerra

Representantes:

Ribed, Miranda y C.^a

Plaza de la Lealtad, núm. 3 -- Madrid

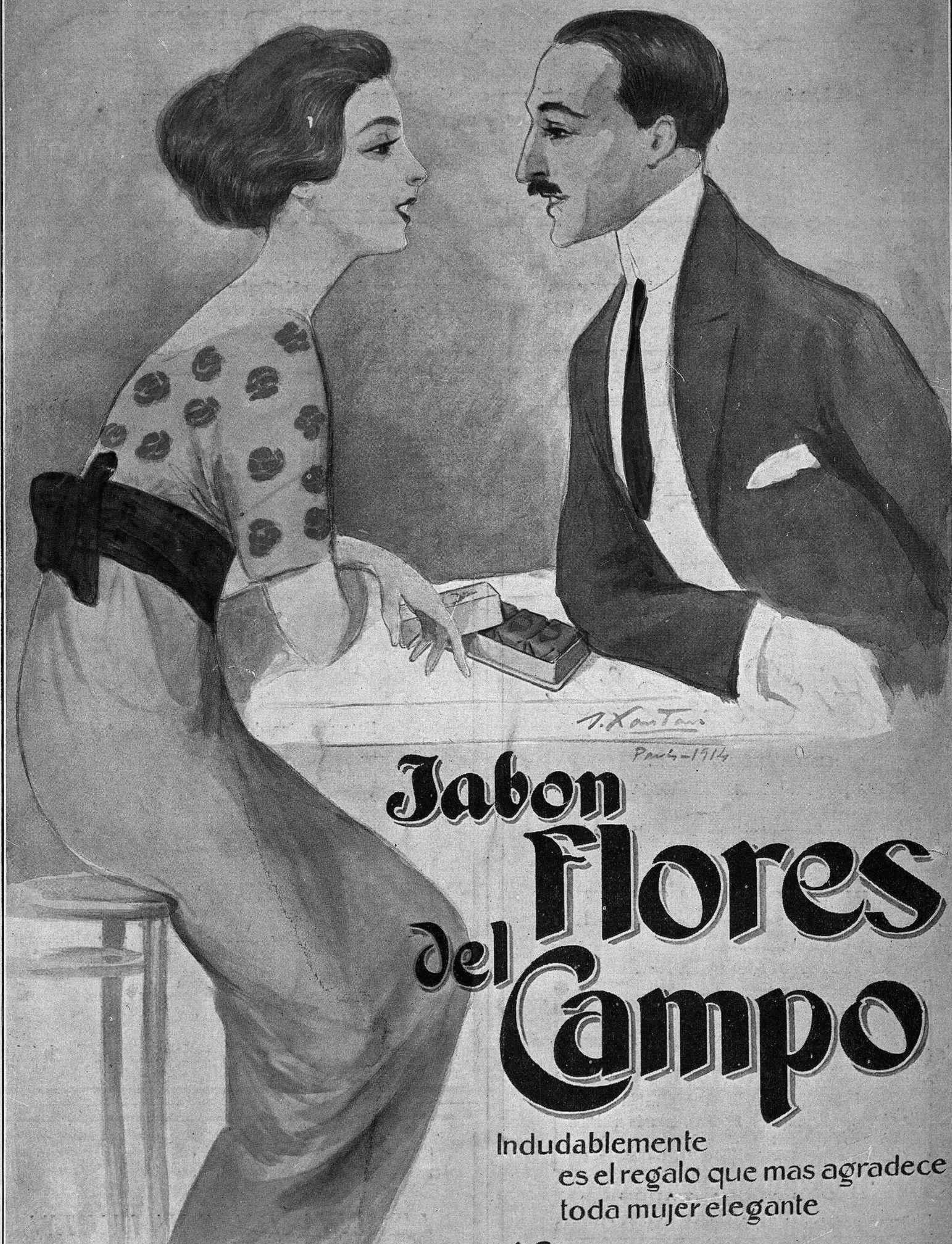
Se admiten suscripciones y anuncios para este periódico en la

LIBRERIA DE SAN MARTIN
PUERTA DEL SOL, 6

MADRID

Venta de números
ooooooooo sueltos ooooooooo

Pts. 1,25 la pastilla. De venta en las buenas perfumerias.



T. Xantaris
Paris-1914

Jabon Flores del Campo

Indudablemente
es el regalo que mas agradece
toda mujer elegante

Creacion de la Perfumeria **Floralia** GRANADA 2, MADRID

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS